María Heredia

Un caballero del siglo XXI



Selecta

Un caballero del siglo XXI

María Heredia

Selecta

Para todas las fans de Jane Austen

She was the sun of my life, the gilder of every pleasure, the soother of every sorrow, I had not a thought concealed from her, and it is as if I had lost a part of myself.

Cassandra Austen, 1817
Fragmento de la carta de Cassandra Austen
a Fanny Knight 29 de julio de 1817

Capítulo 1

Y de repente… ¡Bath!

Hoy es el día más importante de mi vida. O, al menos, eso creo yo. No es que mi vida haya sido muy interesante hasta este momento, si soy totalmente sincera. No soy una de esas personas a las que siempre les están sucediendo cosas, ni mucho menos de las que salen a buscar la aventura. Siempre he sido muy tranquila y me he contentado con la emoción que podían traerme cosas sencillas y mundanas como conseguir plaza en la carrera que quería o salir a bailar con mis amigas hasta que nos dolían los pies y teníamos que volver a casa en taxi.

Nunca he sido una de esas chicas que consiguen miles de seguidores en redes contando historias increíbles.

Pero todo eso va a cambiar hoy porque estoy de camino al aeropuerto para cumplir uno de los sueños de mi vida: pasar nueve meses en una de las ciudades en las que vivió mi autora favorita.

¿Y cómo he acabado aquí? Pues por dos motivos.

El primero de ellos tiene que ver, como quizás hayáis podido adivinar, con una beca Erasmus.

El segundo, y probablemente el más importante, con una pequeña visita que hice a la biblioteca de mi instituto cuando estaba en tercero de la ESO. Rebuscando entre las estanterías, un libro rosa de aspecto antiguo me llamó la atención y decidí llevármelo a casa. A pesar de que tardé en leerlo algo más de lo habitual, caí rendida ante el estilo de la autora y no tardó en convertirse en uno de mis favoritos. ¿La novela en cuestión? *Orgullo y prejuicio*, de Jane Austen.

Debo admitir que me obsesioné con la autora en ese mismo momento: me vi todas las adaptaciones de sus novelas —y entendí por qué mi madre está tan enamorada de Colin Firth—, leí todo lo que había escrito —incluidos sus escritos de juventud— e incluso me compré un juego de mesa inspirado en ella.

Por eso, cuando vi que una de las universidades que tenía acuerdo Erasmus con la mía era la de Bath Spa, no lo dudé ni un instante. Fue la primera y, en mi corazón, la única opción. Pedí al universo y recé a todos los dioses para que, por favor, me la asignaran y así poder seguir los pasos de Jane Austen durante un tiempo. Y no solo escucharon mis súplicas y conseguí la plaza, sino que la otra que ofertaban fue para mi mejor amiga de la universidad.

No puedo estar más feliz por esta nueva etapa que hoy comienza. Siento que estoy en una nube.

—¿Estás preparada? —Mi madre me mira desde el asiento del conductor con una sonrisa forzada.

Creo que ella está más nerviosa por toda esta situación que yo. Al fin y al cabo, me tuvo muy joven y me ha criado prácticamente sola, así que separarse durante tanto tiempo de mí va a resultarle complicado.

—Sé que esperas que diga que no y que te pida que des la vuelta, pero… lo estoy.

—No espero eso —se apresura a defenderse—. Era solo una pregunta.

—Mamá, llevas quejándote desde que te enteraste de que había solicitado la beca —le recuerdo, por si acaso se le han olvidado las aproximadamente quinientas veces que ha mencionado lo malísima que le parece esta idea—. No tienes que disimular.

—Solo quiero que estés segura. Y que seas feliz.

—Pero si es en este mismo país y a pocos kilómetros de ti pues mejor, ¿no? —Me echo a reír mientras niego con la cabeza—. Estoy nerviosa, pero… muy emocionada. Sé que es donde tengo que ir, mamá. Algo muy guay me espera en Bath.

—No te hagas demasiadas ilusiones por si acaso. No quiero que te lleves un chasco si, al final, no es tan «guay» como esperas.

Asiento, consciente de que tiene razón y de que quizás esta experiencia no sea tan perfecta como la imagino. Aunque no dejo que esa certeza arruine el momento y me apresuro a apartarla de mis pensamientos. Ya tendré tiempo de darme de bruces con la realidad. Ahora solo quiero pensar en todo lo que me espera.

Dejamos el coche en el aparcamiento del aeropuerto, sacamos mis tres maletas y mi mochila del maletero y nos dirigimos hacia el vestíbulo donde Camino ya me está esperando.

—¡Tía, me muero de nervios! —exclama nada más verme, antes de lanzarse a abrazarme—. No puedo creerme que al fin haya llegado el día.

—Yo tampoco —respondo, estrechándola con fuerza—. Se me ha hecho el verano eterno. No pensaba en otra cosa que en este momento.

—Tengo tantas ganas de estar por fin allí… —Cami se separa de mí y suspira—. ¿Facturamos? Acaban de abrir los mostradores y aún no hay demasiada cola.

—Sí, no vaya a ser que nos entretengamos más de la cuenta y acabemos perdiendo el vuelo.

Nos encaminamostomár a la pequeña fila que se ha formado frente al mostrador aunque, por suerte, no es demasiado larga y avanza a un ritmo más que aceptable, por lo que no tardamos demasiado en facturar las maletas. Pongo la primera de las mías sobre el peso, rogando por dentro para no superar los veinte kilos permitidos —porque no me apetece pagar aún más por aquel vuelo al que le había tenido que meter varios extras para llevar todo lo necesario—, y sonrió al ver que ninguna los supera: la primera pesa dieciocho kilos y, la segunda, diecinueve y medio. Perfecto para no tener que poner ni un euro más.

Cuando por fin terminamos, nos encaminamos con nuestros padres hacia el control y nos despedimos de ellos. Mi madre tiene los ojos llorosos y yo suspiro antes de abrazarla.

—Voy a estar bien —le prometo—. Además, en Navidad me tendrás aquí dándote la lata.

—Son más de tres meses… —Ella se separa y me dedica una pequeña sonrisa—. Tienes que llamarme todos los días. Tres veces.

—Una.

—Dos al menos.

—No te prometo nada, pero te escribiré todas las mañanas.

—Algo es algo…

Nos abrazamos de nuevo y, por fin, me dirijo hacia el control de seguridad para empezar esta nueva aventura. Siento un molesto cosquilleo en el estómago y temo vomitar antes de subirme siquiera al avión, pero me esfuerzo por disimular para que mi madre no se dé cuenta. No quiero que monte un drama en mitad del aeropuerto y me acabe convenciendo para no irme a Bath. Camino, que también ha terminado de despedirse de sus padres, me sigue y me da la

mano mientras esperamos. Tiene los ojos un poco rojos después de la despedida, así que la abrazo y le recuerdo lo bien que nos lo vamos a pasar.

—Ya lo tenemos todo más que planeado. Los viajes que haremos, todos los sitios que, por fin, podremos visitar… Por no hablar de toda la gente que conoceremos.

—Lo dices como si no fuéramos a pisar la universidad —bromea ella, y yo sonrió al ver un brillo de emoción en sus ojos—. Al contrario de lo que muchos piensan, vamos a estudiar.

—Oh, claro, también lo haremos. Pero no podemos olvidarnos de las cosas divertidas, ¿no? Llevo toda mi vida esperando algo así, Cami. Un poco de emoción. Estoy cansada de ser un personaje secundario en mi propia vida y esto es bastante protagonista, ¿no te parece?

Pasamos el control de seguridad sin ningún incidente reseñable —aunque mi amiga tiene que abrir su maleta de cabina porque ha olvidado la pasta de dientes dentro y le ha tocado uno de esos vigilantes que no deja pasar ni una— y cruzamos la zona de *duty free* sin detenernos a mirar para no caer en la tentación. Como aún nos queda un buen rato para que abran el embarque, y a pesar de que ninguna de nosotras está dispuesta a perder el vuelo, nos compramos un par de cafés y unas galletas en una de las carísimas cafeterías de la terminal y nos sentamos a tomárnoslo mientras repasamos los últimos detalles del viaje y todo lo que tendremos que hacer cuando lleguemos al que será nuestro hogar durante los próximos meses: una pequeña casita algo alejada del centro de la ciudad, aunque, en teoría, bien conectada con el campus, que compartiremos con cinco estudiantes más. Hubiéramos preferido otro alojamiento, como un piso para las dos o una habitación compartida en una residencia, pero los precios de Bath son una

locura y no conseguimos plaza en ninguna de las residencias de estudiantes, por lo que hemos tenido que recurrir a un plan C al que, espero, nos acostumbremos pronto. Ninguna de nosotras está habituada a convivir con desconocidos: yo aún vivo con mi madre y Camino, durante el curso, comparte piso con otras compañeras de clase, por lo que todo esto es nuevo para ambas.

Pero es solo un mal menor por el que no pienso preocuparme.

Cuando se acerca la hora del embarque, incapaces de seguir aguantando ni un segundo más ahí sentadas, nos acercamos al mostrador y aguardamos hasta que colocan la cinta y podemos, al fin, ponernos en fila. Es tanta nuestra ansia que somos las primeras de la línea.

—Pasajeros para el vuelo con destino Bristol, comienza el embarque.

Me precipito hacia el mostrador. Literalmente me lanzo hacia él sin importarme lo que el resto de los pasajeros o mi amiga puedan pensar de mí. Necesito estar ya en ese avión sobrevolando España.

Enseño el DNI, paso el código del billete por el escáner y, en cuanto me dan el visto bueno, cruzo al otro lado y comienzo a andar por el pequeño pasillo que me conducirá al exterior del aeropuerto, donde ya nos espera el avión.

Ahora sí que comienza nuestra aventura.

Capítulo 2

Una casa destartalada y cinco compañeros de piso peculiares

Después del viaje más largo de nuestras vidas, por fin nos bajamos del taxi que nos ha llevado desde la estación de tren de Bath hasta la que se convertirá en nuestra casa hasta que acabe el Erasmus. Aunque no es lo que esperamos. Ni de lejos. Camino y yo compartimos una mirada alarmada y nos giramos casi al mismo tiempo para preguntar si esta es realmente la dirección, pero el taxista ya se ha marchado dejándonos solas frente a la casa más destartalada que he visto en toda mi vida.

—No era así en las fotos —murmura mi amiga mientras fija de nuevo la vista en la fachada, que amenaza con caerse a pedazos.

Niego con la cabeza. A pesar de que, por las fotos, dedujimos que no viviríamos en un lugar muy lujoso, no nos esperábamos… esto.

—¿Qué hacemos? —sigue hablando ella. Yo estoy aún en *shock* y no soy capaz de articular ni media palabra—. ¿Llamamos al timbre? Pero ¿y si nos han timado y no hay nadie esperando? O, peor aún, ¿y si aquí vive un grupo de delincuentes que intenta robarnos y

matarnos? Aunque tampoco podemos quedarnos aquí paradas, ¿no? Tendremos que encontrar un sitio donde dormir. Ay, por Dios, Emma, ¿qué hacemos? Estoy empezando a ponerme muy nerviosa y me están dando ganas de subirme en el primer vuelo de regreso.

Esa frase hace que me espabile y la agarre del brazo.

—Pero ¿qué dices? ¿Cómo vamos a irnos si acabamos de aterrizar? Sé que esto no es lo que esperábamos, pero no creo que tengamos que preocuparnos. Seguro que han usado fotos viejas de la casa como cebo para poder alquilar las habitaciones. Dudo que ahí viva alguien peligroso. Se supone que son estudiantes como nosotras, ¿no?

—Se supone. Tú misma lo has dicho. —Camino parece realmente asustada, lo que me sorprende bastante. Ella lleva ya un tiempo viviendo fuera de su casa, así que está más acostumbrada que yo a valerse por sí misma—. No sé, esto no me gusta nada…

—No perdemos nada por llamar al timbre.

—¿La vida quizás?

—Oh, venga ya —protesto yo—. La casa se ve un poco fea, pero no parece un mal barrio. Dudo que vaya a pasarnos algo, y será mejor intentarlo que dormir a la intemperie, ¿no? Porque una cosa tengo clara: no pienso volver a España. La aventura acaba de empezar.

No le dejo tiempo para seguir lamentándose. Armándome de valor, agarro mis maletas, camino hacia la puerta y llamo con decisión. Una chica de aspecto amable no tarda en abrirme y me pregunta, en un español bastante macarrónico, si somos sus nuevas compañeras.

—Sí —contesto con una sonrisa, pasando al inglés para que ella se sienta más cómoda—. Yo soy Emma y ella es Camino.

—Encantada de conoceros. Yo soy Jane. —Su nombre me parece una señal del destino. Estaré bien aquí—. Pasad. Bienvenidas.

Se echa a un lado y yo, tras intercambiar una breve mirada con mi amiga, doy un paso hacia el vestíbulo que se parece mucho más al de las fotos, aunque está bastante desordenado. Suspiro aliviada. Al parecer no era un timo.

—Oye, las fotos del anuncio no eran así —comenta Camino sin ni siquiera saludar. La quiero, pero a veces se pasa de directa.

—Son un poco antiguas —se justifica Jane—. Les advertí que no era buena idea, pero no me escucharon.

—No me parece un problema —me apresuro a quitarle hierro a aquel asunto—. Mientras lo de dentro sea igual, no pasa nada.

—¡Lo es! Dejadme enseñároslo. La casa está un poco desordenada, pero es muy bonita.

Nos da un pequeño *tour* por aquella casa que, más que «un poco desordenada», parece una leonera. Hay libros amontonados por todas partes, como si fuera una especie de biblioteca sin bibliotecario; un aseo en el que apenas cabe el inodoro y de cuyo techo cuelga una solitaria bombilla; muebles desparejados en el salón; una tele antigua en la encimera de la cocina, que tiene una pequeña mesa con un mantel de cuadros rojos como los de los picnics, y jarrones gigantes en las escaleras que nos llevan hacia los dormitorios.

—Estos son los vuestros —nos indica, señalando las dos primeras puertas—. Podéis escoger el que queráis.

Me asomo a una de ellas que, tal y como indicaban las fotos, es bastante pequeña y apenas tiene muebles: una cama, un armario y un minúsculo escritorio. Hay una ventana en una esquina que da a la calle, por lo que entra bastante luz.

—Esta me gusta —digo—. ¿Qué tal la otra, Cami?

Ella se asoma y, después de un par de minutos, acepta quedarse con ella.

—Supongo que no está mal —casi refunfuña—. Aunque en las fotos parecía mucho más amplia y la moqueta del suelo era más bonita.

—Cuando le des tu toque personal quedará mucho mejor, ya verás. —Jane da una palmada, llamando de nuevo nuestra atención —. ¿Seguimos?

Nos enseña los baños, tan destartalados como la parte inferior de la casa, con toallas descolocadas, tarros por todas partes y una alfombra sobre la que no pienso poner los pies. Y, conociendo a mi amiga, ella muchísimo menos. De hecho está mirando a su alrededor horrorizada, casi como si estuviera contemplando la escena de un crimen.

—¿Cuánta gente dices que usa este baño?

—Ahora mismo solo dos, así que seréis cuatro en total. De todas formas, si tenéis que usar el otro en algún momento puntual, no hay problema. Y el de abajo es compartido para todos.

Ella fuerza una sonrisa y asiente, aunque probablemente está pensando en desinfectar aquel lugar —que, por otra parte, no está sucio, solo destartalado— antes de entrar de nuevo.

Una vez salimos, Jane se dedica a llamar a las otras puertas para presentarnos a nuestros cuatro nuevos compañeros de hogar. El primero en salir es Oliver, un chico de veinte años que está a punto de graduarse, según nos dice, en Arte Dramático. Es bastante guapo y agradable y tiene un ligero aire de artista torturado que hace que a Camino le hagan los ojos chiribitas y se olvide de lo desordenado que está el baño. No tarda en unirse a nuestra conversación Sophie, que estudia segundo curso de Diseño de Moda y nos saluda con sendos abrazos.

—Me encanta España —nos dice en un español algo precario—. Mis abuelos tienen casa en Benidorm.

Jane llama de nuevo a las otras dos puertas y un chico con unos cascos gigantes puestos y cara de sueño, como si acabara de despertarse de la siesta, se asoma de una de ellas.

—¿Qué pasa? —pregunta con un tono de voz ronco que me confirma que, efectivamente, estaba durmiendo.

—Han llegado nuestras nuevas compañeras. —Jane nos señala—. Estas son Emma y Camino. Él es Gabriel.

—Oh, hola. —Da un pequeño salto y nos saluda al fin—. Perdonad, es que he terminado de instalarme esta mañana y estaba tan agotado que me he dormido sin darme cuenta.

Hablamos un poco y nos cuenta que es francés, que también está de Erasmus y que estudia Arquitectura. Y la verdad es que, aunque estudiemos cosas tan distintas, me alegra tener en casa a alguien que va a vivir lo mismo que nosotras.

—No sé por qué mi primo no abre —masculla Jane, golpeando con algo más de fuerza la única puerta que aún no se ha abierto—. ¡Venga, vamos, sé que estás ahí!

—A lo mejor está ocupado o ha salido —intervengo, un poco apurada. A pesar de que me encantaría poder conocer a todos mis compañeros de casa, entiendo que, quizás, a él no le apetezca salir en ese momento.

—No, sí que está. Ha vuelto del trabajo hace como veinte minutos.

—Entonces estará descansado y…

—¡Matt, no seas antisocial! No pienso irme de aquí, así que o me abres o entro y te pillamos todos como estés.

Apenas unos segundos después, la puerta se abre y un chico moreno, con gafas y cara de pocos amigos asoma la cabeza.

—¿Qué quieres, Jane?

—Te dije que hoy venían nuestras nuevas compañeras.

Él se gira hacia nosotras, nos observa sin mudar la expresión y

hace una leve inclinación.

—Encantada —le dice Camino, tratando de rebajar la tensión que parece haberse instalado en aquel pasillo.

—Igualmente.

—Normalmente no es tan gruñón.

—No, sí que lo es —interviene Sophie—, pero al final se le coge cariño, ya veréis.

—¿Puedo volver ya dentro? —le pregunta a su prima—. He tenido un día muy largo y cansado en el trabajo y tengo mucho que preparar de cara al comienzo del curso.

—Pero si trabajas en…

—Paso muchas horas de pie y me encuentro a muchas señoras impertinentes —interrumpe a Sophie antes de que pueda decir a qué se dedica, lo que me provoca una pizca de curiosidad—. Y tengo muchísima tarea en la facultad.

—Matt estudia Literatura, como vosotras.

—¿Tú estudias Literatura?

La pregunta se me escapa y él, por fin, parece centrar toda su atención en mí. Frunce el ceño, se cruza de brazos y me encara, visiblemente molesto.

—Pues sí. ¿Algún problema?

Ese tono defensivo hace que yo también me cruce de brazos y adopte una actitud algo chulesca. No pienso dejar que ese tío me intimide en mi primer día en Bath.

—No te pega mucho. Eres un poco… capitán Ahab.

—Siento no ser el prota de *Notting Hill*, pero hay vida mucho más allá de los clichés de las comedias románticas y hay estudiantes de literatura de todo tipo. Aunque ya puedo imaginar por qué estás tú aquí.

—¿Ah, sí?

—Literatura, Bath… Es bastante obvio que has venido por Jane Austen.

—¿Quién es el que se basa en clichés ahora? —refunfuño a pesar de que ha dado en la diana. Y no sé por qué pero me fastidia bastante tener que darle la razón.

—Pero no me he equivocado. Aunque, si tan fan de Austen eres, deberías saber que en realidad odiaba esta ciudad.

—Y la adoraba —replico con decisión porque no voy a consentir que alguien con pinta de no haber pasado del primer capítulo de *Orgullo y prejuicio* en su vida me dé lecciones sobre la autora que es mi vida—. *La abadía de Northanger*.

—*Persuasión* —me rebate él, y tengo que morderme la lengua porque sé que tiene razón y que, en su última novela, Austen no fue tan indulgente con este lugar—. Pero la ciudad tiene buen marketing y le gusta aprovecharse de las fans que quieren vestirse de época y hacerse fotos con figuras de cera mientras se pasean con bolsas de «*I love Mr Darcy*».

—Veo muchos prejuicios en ese discursito.

—Qué ingeniosa. —Pone los ojos en blanco y yo siento ganas de abofetearle.

Me doy cuenta de que Jane y Sophie están intercambiando miradas divertidas y de que Camino, Gabriel y Oliver pasean la vista entre ambos, como si estuvieran contemplando la final de Wimbledon en vez de una presentación un tanto tensa en el pasillo de la casa que todos compartíamos.

—Bueno, parece que, al menos, habéis leído los mismos libros —interviene, al fin, Jane—. Oye, quizás podrías acompañarlas a la facultad el primer día, así…

—No hará falta —me apresuro a rechazar su oferta antes de que pueda siquiera hacerla y sin consultarla con mi amiga—. Sabremos

apañárnoslas solitas.

—Sí, seguro que sí. Y ahora, si me disculpáis, tengo cosas que hacer.

No me deja ni replicar. Vuelve a su habitación y cierra dando un ligero portazo, lo que hace que Jane suspire.

—Mi primo es un poco… huraño —lo excusa—. Pero es buen chico, ya lo conoceréis. Es que se pasa el día entre la facultad y ese trabajo que no le gusta nada.

—Seguro…

No tardamos en despedirnos de los demás, que vuelven a sus respectivas habitaciones para seguir con sus quehaceres, aunque Jane no se mueve. Parece dispuesta a ser una gran anfitriona para hacernos sentir integradas en nuestro primer día en la casa, algo que, sinceramente, le agradezco mucho. Como los ingleses tienen esa fama de fríos me preocupaba que nuestros compañeros fueran muy distantes. Pero nada de eso.

—Supongo que estaréis cansadas y querréis deshacer el equipaje, pero tendríais que ir a hacer una compra antes de que cierren —nos comenta entonces—. Tengo el coche aparcado abajo y también me vendría bien acercarme a por algunas cosas. Llegué hace solo unos días, después de todo el verano fuera, así que tengo que reponer.

Asiento. Es increíble cómo han conseguido acumular tanto desorden en tan solo unos días. O, quizás, se debe justo a eso: como acaban de regresar del verano, aún no han podido poner toda la casa en orden. A lo mejor se han quedado solo un par de ellos durante las vacaciones —o han regresado antes que los demás— y por eso hay semejante desastre. Supongo que tendré que esperar unas semanas para averiguarlo, aunque decido darle un voto de confianza a aquel variopinto grupo.

Solo espero que no me decepcionen.

Capítulo 3

Nueva facultad

El primer día que tenemos que ir a la facultad me levanto con el estómago revuelto y soy incapaz de darle más de dos sorbos a mi té. Intento tranquilizarme, me repito una y otra vez que esto no es nada, que será solo un día de presentaciones más.

Pero sé que no es así.

—Creo que voy a vomitar —me dice Camino nada más entrar a la cocina—. Estoy más nerviosa que el primer día de facultad. ¿Has podido desayunar? Yo es que ni voy a intentarlo…

Sonrío, en un claro ejemplo de «mal de muchos, consuelo de tontos», y niego con la cabeza.

—No me entra nada. Y apenas he podido pegar ojo en toda la noche. No paraba de darle vueltas a todo lo que vamos a hacer hoy.

—¿Y si nos vamos ya? —me sugiere—. Sé que es temprano, pero…

—Voy a por mi bolso —la interrumpo antes de que acabe—. Quizás nos tranquilicemos un poco cuando lleguemos al campus.

Tan solo diez minutos más tarde, y tras comprobar en la aplicación

de transportes que el autobús está cerca, salimos de casa y nos encaminamos hacia la parada, que Jane nos enseñó ayer para que no nos perdiéramos. Esperamos unos cuantos minutos, rodeadas de otros estudiantes que parecen bastante más tranquilos que nosotras, hasta que el bus llega y nos subimos. A pesar de que ya nos sabemos las paradas de memoria por todas las veces que las hemos repasado durante los últimos días, volvemos a revisarlas una vez más para asegurarnos de que no nos equivocamos y acabamos en la otra punta de la ciudad. Contamos las paradas, leemos los carteles con los nombres y, cuando por fin llegamos a la nuestra, nos bajamos rodeadas de otros estudiantes, lo que nos deja bastante más tranquilas.

Comenzamos a caminar por el campus, algo inseguras. En el último correo nos indicaron el edificio y aula al que tenemos que ir para las jornadas de orientación para estudiantes internacionales, así que sacamos el plano que nos hemos descargado y nos dirigimos directamente hacia allí, siguiendo la fila de alumnos que, al parecer, van al mismo sitio que nosotras. Entramos al enorme aula asignada, cogemos una bolsa de tela promocional con el logo de la universidad, folletos y algo de *merchandising* y ocupamos dos asientos libres en tercera fila, lo suficientemente cerca para enterarnos bien de todo, pero lo bastante lejos para no llamar demasiado la atención.

—¿Has visto cuánta gente? —murmura Camino—. Espero que pronto podamos hacer amigos.

—Seguro que sí —digo mientras miro a nuestro alrededor. Siento un tirón en el estómago y ganas de ir al baño, pero no estoy dispuesta a marcharme y arriesgarme a llegar cuando ya haya comenzado la charla y convertirme en el centro de atención—. Joder, a ver si empiezan ya…

La sala sigue llenándose y, tras unos quince minutos que se me hacen eternos, por fin entran los profesores, que toman asiento al frente y proyectan una presentación con todo lo que debemos saber antes de comenzar esta nueva aventura.

—Buenos días a todos —nos saluda un hombre de mediana edad de aspecto bonachón y mejillas algo sonrosadas—. Soy el profesor Warwick, el decano de Relaciones Internacionales. Me gustaría darles la bienvenida a nuestra universidad y las gracias por elegirnos para realizar su estancia internacional. En estas jornadas les presentaremos los servicios de la universidad, les explicaremos los procedimientos que deberán seguir para conseguir su carné de estudiantes y la documentación que, si aún no han enviado, tienen que presentar antes de que termine la semana.

La charla apenas dura unos cuarenta minutos —sin contar con el odioso turno de preguntas en el que la gente hace preguntas absurdas que no haría de haber leído los correos que nos han enviado durante las últimas semanas—. Cuando acabamos, nos indican que debemos dirigirnos a nuestras respectivas facultades para iniciar los trámites y para que, allí, nos indiquen cómo proceder antes del comienzo de las clases.

—¿Vamos corriendo para llegar las primeras o prefieres dar una vuelta por el campus e intentar ir un poco más tarde, cuando ya haya pasado la avalancha? —le susurro a mi amiga mientras el vicedecano termina de despedirse.

—Yo iría corriendo para ser las primeras. Por si acaso.

—Pues vamos.

En cuanto empiezan los aplausos, nos ponemos de pie y salimos disparadas hacia el edificio sede de nuestra facultad. Recorremos el campus, casi sin fijarnos en los edificios de aspecto antiguo que lo forman. Ya tendremos tiempo de admirarlos hasta hartarnos durante

los próximos meses. Cuando llegamos al nuestro, entramos y nos apresuramos a buscar la secretaría, donde llegamos las primeras.

—Buenos días —saludo—. Venimos de la charla informativa a estudiantes internacionales.

—Ah, sí —nos saluda con cierta desgana la mujer tras una de las mesas—. Que pase la primera por aquí.

Me siento frente a ella y, tras enseñarle mi DNI y entregarle unas cuantas fotocopias, me confirma que todo está correcto y me envía, con un pequeño resguardo, a la oficina de la planta baja en la que hacen los carnés.

—Mañana hay unas jornadas de orientación que incluyen una visita guiada por el campus destinadas a estudiantes de la facultad, pero en una hora empezarán a llegar los chicos del programa de acompañamiento, así que, si os esperáis por aquí, podréis conocer a los vuestros.

—Sí, claro. No nos iremos muy lejos.

Espero hasta que Camino ha terminado también, vamos juntas a sacarnos el carné y vagamos por los pasillos hasta que, a la hora indicada, regresamos a secretaría. La misma mujer que nos ha atendido antes, y que ahora está bastante más ocupada atendiendo a la cola de estudiantes que se ha formado, nos mira y nos dice, con el mismo hastío, que vayamos al aula 6 en la primera planta. Le damos las gracias, vamos hacia allí… y al primero que veo nada más cruzar la puerta, ojeando una lista mientras habla con una chica de pelo corto, es a Matt. Me detengo de forma tan abrupta que mi amiga choca conmigo y protesta.

—Pero ¿qué te pasa, tía?

Aquellas palabras en español hacen que nuestro compañero de casa levante la vista y se dé cuenta de nuestra presencia.

—¿Qué hacéis aquí?

—Yo también me alegro de verte —contesto, cruzándome de brazos—. ¿Tú qué crees? Es nuestro primer día. Venimos a lo del programa de acompañantes. La pregunta es más bien qué haces tú aquí porque no eres precisamente la alegría de la huerta, así que no creo que seas uno de los voluntarios.

—Pues, mira, sí que lo soy —replica, imitando mi gesto—. ¿Quién es ahora la prejuiciosa?

—No son prejuicios, sino sentido común.

—Basado en una conversación de cinco minutos, así que disculpa si no lo considero muy fiable.

—Lo que sea. —Pongo los ojos en blanco y señalo la lista—. Supongo que tienes ahí apuntado quiénes son los acompañantes, así que, cuanto antes me lo digas, antes podremos dejar de vernos.

—¿Nombre?

—Emma Ruiz Portillo. ¿Necesitas que te lo deletree? R-U-I…

—No, aquí estás —me interrumpe—. Oh, mierda.

—¿Qué pasa?

—Un error, eso es lo que pasa —masculla por lo bajo, visiblemente molesto. Se gira hacia uno de los chicos y me señala—. ¿Me la cambias?

—Ya sabes que quedamos en que nada de cambios —contesta él —. De hecho, fuiste tú quien insistió para evitar líos y problemas.

—Sí, pero es que no sabía… esto.

—Lo siento. Como tú siempre dices: las normas son las normas.

Se gira hacia los demás, dando la conversación por terminada, y yo decido intervenir.

—¿Y bien? ¿Vas a decirme quién es mi acompañante o tendré que esperar todo el día?

—Pues parece que soy yo.

Creo que me quedo blanca al escuchar aquello. Por fin comprendo

por qué ha reaccionado así. Porque a mí tampoco me apetece nada que sea alguien tan malhumorado como él quien me ayude a adaptarme al campus. Esperaba que me tocara alguien majo, con quien poder entablar amistad, que me presentara a gente… Y resulta que tengo que conformarme con el borde de mi compañero de casa.

—Estás de broma.

—Ojalá, pero no. Aunque, si no te parece bien, siempre puedes renunciar. El programa es algo voluntario, nadie te obliga a participar en él.

—Nadie me obliga, pero es recomendable para poder familiarizarme cuanto antes con campus. Renuncia tú.

—Ni de broma. Me dan créditos extra por esto, ¿sabes? Y, estando a punto de graduarme, me vienen de maravilla.

—Pues entonces parece que no nos quedará más remedio que llevarnos bien un rato —digo con determinación, sin darle opción a más réplica—. Así que, acompañante, ¿por dónde empezamos?

—Pues tenemos que firmar los formularios del programa para que todo quede registrado y después podemos dar un paseo por el edificio.

—Me parece perfecto. —Me giro hacia Camino, que está hablando con otra chica que, presupongo, es su acompañante y le hago un gesto para que me mire—. ¿Nos vemos para comer?

—Sí, claro. —Asiente—. Te mando un mensaje.

Me giro hacia Matt, que ha guardado la carpeta y parece listo, y señalo la puerta.

—¿Empezamos?

—Después de ti —me dice mientras hace un gesto caballeroso que me sorprende.

Salimos del aula y Matt me guía por los pasillos mientras me explica lo que puedo encontrar en cada lugar.

—Cuando tengas el horario y sepas tus aulas, dímelas y así te diré exactamente cómo llegar a ellas.

—No creo que pueda perderme —replico, tratando de mantener la distancia, aunque debo admitir que mi malhumorado compañero de casa está cumpliendo muy bien su función como acompañante—. Pero gracias.

Salimos del edificio y va mostrándome distintos lugares del campus que, por fin, me paro a apreciar como se merece. Y la verdad es que no puede gustarme más. Es un lugar que emana una magia especial y que me recuerda a las universidades que salen en las películas. La mezcla perfecta de tradición y modernidad con ese batiburrillo de edificios antiguos y nuevos.

Nos paseamos durante un rato y, cuando llega la hora del almuerzo, Matt se despide de forma poco ceremoniosa diciendo que tiene que irse a trabajar —a ese misterioso empleo que aún no hemos descubierto— y yo le escribo a Camino para ver dónde está. Me cuenta que está ya haciendo cola en el comedor con su acompañante y algunos amigos, así que, recordando el camino que acaban de enseñarme, me dirijo hacia allí para disfrutar de mi primer almuerzo inglés en el campus.

Capítulo 4

De pubs ingleses y cervezas de jengibre

Los primeros días se nos pasan en un suspiro y, antes de que podamos darnos cuenta, ya hemos superado las jornadas de adaptación y estamos a punto de comenzar las clases de verdad. Y yo estoy muerta de nervios. A pesar de que he aprovechado estos días para conocer el campus, solucionar los aproximadamente doscientos problemas que han ido surgiendo —incluyendo las convalidaciones que, supuestamente, ya estaban solucionadas— y preparar hasta el más mínimo detalle, no puedo evitar estar nerviosa. Llevo tantos meses soñando con esto que me cuesta creer que sea real.

Camino no está mucho más tranquila que yo, y Jane, que se está convirtiendo poco a poco en una amiga, no tarda en darse cuenta, así que ese sábado nos propone un plan.

—¿Por qué no salimos todos a cenar y tomar algo? —nos sugiere esa mañana cuando nos encontramos en la cocina—. Así nos conocemos un poco mejor y os enseñamos algunos sitios de por aquí.

—Sí, claro —acepto casi sin pensar. Me vendrá bien distraerme un poco—. Puede ser divertido.

—Nos apuntamos —me secunda Camino—. Me apetece mucho salir.

Así que esa tarde nos preparamos y todos —exceptuando a Matt, ¡cómo no!— salimos juntos de casa dispuestos a pasar una buena noche.

—¿Y qué excusa ha puesto hoy la alegría de la huerta? —pregunta Oliver mientras caminamos hacia el pub donde vamos a cenar.

—Dudo que haya innovado —bromea Sophie—. Habrá dicho que está muy cansado por el trabajo.

—No os metáis con él —interviene su prima. A pesar de que es la primera que le hace frente y le llama «aburrido» cada vez que se aísla, no duda nunca ni un segundo en defenderlo de los demás—. Ya sabéis que es un poco… peculiar.

—Bastante más bien —insiste Sophie—. Pero si llevo ya más de dos años viviendo con vosotros y puedo contar con los dedos de una mano las veces que hemos hecho planes todos juntos.

—¿Siempre ha sido así? —pregunto con cierta curiosidad.

Durante los últimos días, gracias al programa de acompañamiento, he podido descubrir una cara desconocida de Matt que no deja de desconcertarme. A pesar de su malhumor y su frialdad, está siendo un acompañante muy atento que no para de darme información importante y que parece dispuesto a responder todas mis preguntas, por muy absurdas que sean. Incluso me ha preparado una guía digital con todo lo que necesito saber de la facultad. Es como si en el mismo cuerpo coexistieran el doctor Jekyll y Mister Hyde: por un lado está el chico majo que me guía por el campus con amabilidad e incluso me cede el paso —como si siguiéramos viviendo en el siglo XIX— y por otro está el compañero de casa que nos cierra la puerta

en las narices y nos gruñe cada vez que intentamos entablar conversación con él.

Cada día que pasa lo entiendo menos, aunque espero que Jane pueda darme algunas claves esta noche para comprenderlo mejor. O, al menos, para saber parte de esa historia que él no parece tener intención alguna de revelar.

—No —responde ella tras meditarlo unos segundos—. A ver, nunca ha sido el más alegre y parlanchín de la familia, pero no era tan gruñón como ahora. Salía, hacía planes, tenía un gran grupo de amigos… Supongo que como cualquier adolescente normal y corriente. Además, siempre era el favorito de los profesores: el más atento, el más predispuesto a trabajar. Aunque eso no ha cambiado demasiado porque sigue siendo uno de los mejores de su promoción y hay incluso un par de profesores que lo están animando para que haga una tesis doctoral.

—¿Y qué pasó? —pregunto, ignorando el resto de su explicación. No me interesa demasiado lo que vaya a hacer, sino saber cómo ha acabado siendo así.

—Poco después de empezar la carrera tuvo que ponerse a trabajar porque despidieron a mi tío del trabajo y eso, la verdad, lo agobió bastante. Compatibilizar las clases y los exámenes con los turnos del trabajo es bastante complicado, así que duerme poco, está siempre fuera de casa… Y supongo que eso afecta al carácter de cualquiera.

—Sí, debe de ser complicado vivir con toda esa presión —admito —. Yo no he pasado nunca por algo así, pero imagino que es muy estresante.

—Exacto. Además… —Jane baja la voz y se acerca un poco más a mí para que los demás no puedan escucharnos—. No le digas que te lo he contado, pero su novia lo dejó hace unos meses y no levanta cabeza desde entonces.

A una parte de mi le sorprende que alguien como Matt haya podido salir con alguien y creo que se me nota en la cara porque Jane se echa a reír.

—Sí, sé que ahora mismo cuesta imaginarlo, pero es todo un romántico ahí donde lo ves. O, al menos, lo era hasta que le rompieron el corazón.

—Vaya… ¿Llevaban mucho tiempo?

—Desde el instituto, y él estaba muy ilusionado, casi con planes de boda en su mente. Mira que yo le decía que iba a salir mal, que nadie en su sano juicio se casa con su pareja de la adolescencia, pero él no me hacía ni caso. Decía que estaban predestinados y un montón de cosas que parecían sacadas de una novela.

—No le pega nada.

—Hasta los más sombríos tienen su corazoncito, ¿no?

—Como el señor Rochester en *Jane Eyre*.

—Pero sin esposa encerrada en el ático —me sigue ella la broma. Señala hacia los demás, que han seguido caminando mientras nosotras charlábamos y se han alejado un poco—. Venga, vamos. Que aún nos queda mucha noche por delante.

Llegamos al pub poco después, tomamos asiento y Jane, Oliver y Gabriel se ofrecen a ir a por la primera ronda de bebidas para ir abriendo el apetito.

—En este pub hacen unas *pies* riquísimas —nos cuenta Sophie—. Y lo mejor es que los sábados tienen una promoción y, si pides una para cenar, te regalan la bebida, así que es perfecto.

—Pues nos pedimos ahora unas, ¿no? —sugiero, echando un vistazo a la lista con los distintos rellenos—. Así tenemos la experiencia *british* completa.

Nos bebemos la primera ronda, pedimos la cena y nos tomamos unos cuantas bebidas más. Un par de horas más tarde, Camino no

puede aguantar la risa y le da toquecitos en el hombro a Oliver mientras se echa el pelo hacia atrás de forma coqueta con una actitud muy poco disimulada.

—Oye, me tienes que invitar a ver alguna de tus pelis o de tus obras, eh.

—Serás la primera —responde él, también riendo y haciéndole ojitos. Incluso le aparta un mechón de pelo de la cara—. Si quieres, cuando lleguemos a casa te puedo enseñar un corto que grabamos el curso pasado. Soy el protagonista y la verdad es que era un papel muy intenso, lleno de matices.

—Me encantaría. —Ella vuelve a reír y yo miro su jarra de cerveza vacía. Hago un cálculo rápido y me doy cuenta de que es la tercera —. Oye, ¿no hace como mucho calor aquí?

—Un poco —confirma él.

—¿Te apetece salir fuera?

—Claro.

Los dos se excusan y se alejan. Veo que Camino da un pequeño traspiés y aprovecha para agarrarse a Oliver, que la abraza por la cintura.

—¿Camino sabe que las cervezas de jengibre no tienen alcohol? —me pregunta Jane, que también los mira y a duras penas logra aguantarse la risa.

Tanto ella como yo llevamos toda la noche bebiendo aquello mientras los demás toman vino y cerveza «normal», así que es imposible que mi amiga esté borracha.

—Sí. De hecho, se la ha pedido justo por eso —le confieso—. Cami no bebe alcohol.

—¿Y entonces a qué ha venido todo ese numerito?

—Pues a que Oliver le pareció muy mono desde que llegamos, pero no sabía cómo lanzarse por miedo a que la rechazara, así que

pensó que, si fingía estar un poco achispada, podría tantearlo. Si él le seguía el juego, pues iría con todo y, si no lo hacía, fingiría que todo había sido por el subidón del alcohol pero que no pasaba nada.

—¿De verdad? —Gabriel se echa a reír—. Pues ha sido bastante convincente.

—Es muy peliculera. Aunque yo no sé cómo va a terminar todo esto. Me parece una idea pésima la de liarse con su compañero de casa.

—Bueno, está a punto de vivir su evento canónico, y no lo digo por lo de que vivan juntos —interviene Sophie—. Todas nos hemos tirado a un actor mediocre. Y todas hemos salido escaldadas. Pero, al menos, nos queda una buena anécdota que contar.

—Oliver es un buen tío, pero es verdad que yo no tendría nada con él. Le gusta demasiado ir de flor en flor.

—Como a todos los actores. Bueno, actores, músicos, futbolistas…

—Alguno bueno habrá, ¿no? —le pregunto a Sophie, que niega con la cabeza. Es evidente que ha tenido alguna mala experiencia con alguien de ese mundillo—. Al menos espero que Camino no acabe demasiado mal.

—Pues claro que no. —Me anima Jane—. Bueno, no creo que estos dos vuelvan, así que ¿os apetece tomar algo más aquí o vamos a algún sitio más animado a seguir con la noche? A mí la verdad es que me apetece bailar un rato.

—A mí también. —Me pongo de pie de un salto, provocando la risa de los demás—. Me apunto.

—*Moi aussi!* —exclama Gabriel al tiempo que se pone también de pie—. ¡La noche es joven!

Los cuatro recogemos nuestras pertenencias y salimos. Como suponíamos, Camino y Oliver no están fuera, por lo que decidimos enviarles un mensaje con nuestros planes —que ellos probablemente

ignorarán— y seguir con la fiesta.

Capítulo 5

Sorpresa en el museo

Los días siguen pasando y por fin comienzan las clases. Los primeros son una auténtica locura y no paro ni un minuto. Todo lo que parecía estar arreglado resulta no estarlo, así que mi tiempo transcurre entre correos, cambios inesperados de clases, más y más papeleo y un agobio que amenaza con acabar conmigo. Solo espero que todo acabe por solucionarse de una vez para poder disfrutar de esta experiencia como realmente lo merece, porque aún no he podido empezar a vivir la vida Erasmus de la que tanto he oído hablar. Estoy tan preocupada que ni siquiera he vuelto a salir a cenar o tomar algo. Ni siquiera he tenido tiempo para conocer a gente con la que poder hacer planes.

Quien sí que se lo está pasando bien, a pesar de todos los problemas que nos están surgiendo, es Camino, que no se ha separado de Oliver desde que se fueron del pub aquel sábado por la noche.

—Yo creo que es el futuro padre de mis hijos —me dice antes de lanzar un suspiro tan exagerado que me hace reír y girarme para

mirarla. Estoy en nuestro un poco menos destartalado baño, terminando de arreglarme, y ella, que está sentada en el borde de la bañera, me cuenta por decimoquinta vez en lo que va de día lo mucho que le gusta nuestro compañero de casa—. Nos saldrían unos niños monísimos.

—¿No crees que vas un poco rápido? Apenas han pasado un par de semanas…

—¡Y qué semanas! —Vuelve a suspirar, y yo temo de verdad mi amiga haya perdido por completo el juicio—. Había oído las típicas historias de la gente que se enamoraba de Erasmus, pero no imaginaba que me pasaría tan pronto.

—De verdad que no quiero bajarte de la nube, pero ten cuidado, Cami. Sophie y Jane dicen que Oliver no es de los que se compromete.

—Sophie y Jane no saben nada. ¡Pero si la mayor parte del tiempo solo nos tumbamos a hablar! —protesta ella

—¿Ahora se le dice «hablar»?

—A ver, claro que hemos hecho otras cosas, pero también charlamos mucho sobre cine, arte, libros, nuestras aspiraciones… Es un chico fantástico, Emma.

—Sí yo te creo, pero quiero que tengas cuidado, ¿vale? No quiero que te rompan el corazón antes de que acabe el primer mes.

—No lo harán, tranquila.

—¿De verdad que no quieres venir conmigo al museo? —le pregunto, girándome de nuevo hacia el espejo para seguir maquillándome.

—Estoy agotada. He dormido muy poco —se excusa Camino con una pequeña sonrisa—. Además, ya sabes que no soy muy fan de Jane Austen. Pero te prometo que al próximo te acompaño.

—Te tomo la palabra.

Termino el maquillaje, me peino y abandono el baño, seguida de Camino, que se despide de mí y, en vez de irse a su cuarto, vuelve al de Oliver, de donde ha salido hace apenas una hora.

Yo paso un momento por mi habitación para coger mi bolso, compruebo en la aplicación de los autobuses cuánto le queda al que va al centro, y salgo de casa para poder hacer, por fin, un plan que no tiene nada que ver con papeleo de la universidad.

En la ciudad hay varios museos dedicados a la autora y, a pesar de que hay uno muy famoso con su propio salón de té y que visita gente de todo el mundo, yo he decidido comenzar mi pequeña gira «austenita» por otro bastante más pequeño y escondido. Uno que, al parecer, está dedicado a los verdaderos fans de la autora y huye de las actividades más comerciales aunque permitiendo, aun así, que los visitantes se sumerjan en el mundo de Austen. Uno que parece estar hecho especialmente para mí.

Me bajo en una céntrica calle y, siguiendo las indicaciones en mi teléfono, camino unos diez minutos hasta que, por fin, me encuentro en la puerta del museo. Entro y me detengo en la pequeña mesa que hay en la entrada, donde, asumo, venden los tickets.

—Hola, buenas —saludo con educación—. ¿Para visitar el museo?

—Sí, claro. ¿Eres estudiante? —Asiento, y la mujer teclea algo en su ordenador—. ¿Podrías enseñarme el carné, por favor?

—Sin problema.

Lo saco de la cartera, se lo paso y ella, tras comprobar que es válido, me lo devuelve.

—Pues tienes entonces entrada gratuita. Puedes acceder a la exposición y la zona interactiva. En cada sala encontrarás a uno de nuestros guías, que te ayudará en todo lo que necesites. Hoy tenemos con nosotros a Mary Crawford y Frank Churchill.

—Fantástico —digo, tratando de controlar la emoción. Sé que son

solo trabajadores disfrazados, pero, aun así, me hace mucha ilusión poder interactuar con algunos de los personajes de las novelas.

Es una pena que no estén ni el señor Darcy ni el señor Knightley, aunque supongo que es normal: algunas fans pueden pasarse de intensas y, de encontrarse con ellos, seguro que se ponen muy plastas y tienen que intervenir para evitar males mayores.

Y no puedo culparlas porque yo seguro que acabaría intentando abrazarlos.

—¿Quieres un folleto? —me pregunta la mujer, sacándome de mis pensamientos.

—Sí, por favor.

Me lo pasa junto con la entrada y yo doy un pequeño salto, incapaz de seguir aguantándome. No puedo esperar para empezar la visita.

—Espero que disfrutes. Bienvenida.

—Lo haré. Muchas gracias.

Cruzo la puerta tras ella y me adentro en la zona de exposición en la que puedo ver objetos de la época, ediciones antiguas de las novelas e incluso un par de cartas escritas por Austen. Mary Crawford no tarda en acercarse a mí, aprovechando que el resto de los visitantes parecen estar muy entretenidos, y me pregunta si necesito ayuda o quiero saber algo concreto.

—Ahora mismo estoy bien, pero muchas gracias —respondo con amabilidad—. Soy muy fan de la autora, así que quiero verlo todo con calma.

—Cualquier duda que tengas, no dudes en decírmelo. Y te recomiendo que prestes especial atención a esa carta de ahí —dice, señalando una—. Tienes la transcripción al lado, porque la caligrafía es un poco difícil de entender de primeras, pero es divertidísima.

No sé exactamente cuánto tiempo me paso allí, pero estoy

convencida de que bastante más que el resto de los visitantes. Leo cada uno de los carteles, disfruto de la exposición e incluso acabo charlando con Mary Crawford —que está muy metida en su papel— sobre *Mansfield Park* y su relación con Edmund y Fanny. Cuando termino, me despido de ella y cruzo a la zona más interactiva. Veo que hay una en la que, además de escribir tu propia carta con pluma y tinta —algo muy común en este tipo de museos—, también puedes aprender a doblarlas como en la época. Decido ir directa hacia allí… aunque algo hace que me detenga antes de llegar.

De repente, mi mirada se cruza con la del chico que está a cargo de esa zona y que hace de Frank Churchill. Y que es, ni más ni menos, que Matt.

Se me abre la boca sin poder evitarlo y tardo unos segundos en asumir lo que estoy viendo. ¿De verdad mi compañero de casa, el mismo que se ríe de todas las turistas que llegan a la ciudad solo por Jane Austen, trabaja en uno de sus museos e incluso finge ser uno de los personajes de sus novelas?

Él, que también me ha visto y que no es un buen actor, se sale automáticamente del personaje y maldice por lo bajo, aunque todos los visitantes parecen estar muy entretenidos, por lo que nadie lo escucha.

—Esto es increíble —murmuro, todavía tratando de asimilar lo que tengo delante—. De todos los trabajos del mundo…

Él mira a ambos lados, casi como si estuviera planteándose huir, como si buscara una salida, pero al final se resigna, suspira y se acerca.

—Sabía que algo así acabaría pasando —masculla—. Aunque esperaba que, el día que decidieras venir por aquí, no nos encontráramos.

—¿Este es el trabajo tan agotador que hace que estés siempre de

malhumor?

—¿Sabes lo pesado que es aguantar a señoras que no paran de engancharse de mi brazo y se hacen fotos conmigo mientras me tratan como si fuera el personaje de una novela de hace 200 años?

—No sé quién podría confundirte con un auténtico caballero…

—Frank Churchill no era precisamente el personaje más caballeroso de *Emma*.

—Vaya, al final os vais a parecer y todo. —Me cruzo de brazos y lo miro de arriba abajo—. Te queda muy bien esa ropa.

Intento sonar despreocupada, burlesca, al decirlo, pero la verdad es que una parte de mí sabe que no es ninguna mentira: Matt está terriblemente guapo con su atuendo decimonónico. No me cuesta entender por qué todas las señoras quieren fotografiarse con él.

—¿Quieres información sobre el museo? ¿Ayuda con alguna de las actividades?

—Un *selfie* mejor. —Saco el móvil y abro la cámara frontal—. Así todos en casa podrán disfrutar de este momento tan entrañable.

—Eres…

—Majísima, ya lo sé. —Me pongo junto a él y empiezo a posar—. Vamos, sonríe.

Tomo un par de fotos, que envío automáticamente a Camino, antes de guardar de nuevo el teléfono.

—¿Algo más, señorita?

—Tengo bastantes preguntas sobre esta situación, pero creo que podré esperarme hasta llegar a casa. Podríamos tener una conversación muy interesante mientras cenamos.

—¿Me estás invitando a cenar, Emma? Porque creo que las normas no me permiten salir con una de las visitantes del museo.

Noto cómo me pongo roja en cuestión de segundos e incluso balbuceo al intentar responder. De repente parece que se me ha

olvidado todo el inglés que llevo años y años estudiando. Ese comentario me ha pillado completamente fuera de guardia. Pero ¿cómo se le ha ocurrido sugerir que lo estaba invitando a cenar?

Definitivamente no consigo acostumbrarme a sus cambios de carácter y a que se muestre frío y cercano sin ningún tipo de preaviso. Aunque no me disgusta cuando se comporta así. Ojalá en casa fuera más abierto y no se pasara el día gruñendo, encerrado en su dormitorio.

—Tengo mucho que hacer, así que lo mejor será que te deje aquí meditando tu respuesta.

Se aleja, dejándome sola en mitad de la sala, y yo tardo en reaccionar más tiempo del que estoy dispuesta a reconocer. No puedo creerme que Matt haya podido dejarme desarmada con solo una frase.

Lo busco con la mirada y lo veo hablando con un par de señoras, que parecen muy emocionadas y no paran de ponerle ojitos mientras él finge una sonrisa educada. Me mira de reojo y, por fin, me pongo en marcha. No quiero que piense que me ha dejado tan descolocada que soy incapaz de disfrutar de la visita, así que sigo paseándome por la sala, descubriendo las distintas estaciones interactivas, aunque sin quitarle el ojo de encima. Me parece increíble cómo es capaz de adoptar ese papel de perfecto caballero del siglo XIX con un lado pícaro. En vez de Literatura debería estudiar Arte Dramático. Estoy convencida de que en la BBC lo contrarían para hacer de todos los héroes clásicos si lo vieran así.

Cuando termino de explorar la sala, me giro para mirarlo una última vez y descubro, para mi sorpresa, que él también me está mirando. Enarco una ceja y Matt, algo sorprendido por la pillada, se gira con cierta brusquedad, fingiendo recolocar una pluma sobre el escritorio.

—Nos veremos en casa, señor Churchill —le digo en voz alta, aprovechando que no hay nadie a nuestro alrededor—. Estoy deseando enseñarles a todos las fotos tan bonitas que nos hemos hecho.

Él me mira de reojo y murmura algo por lo bajo, recuperando por un momento ese carácter malhumorado al que tan acostumbrada me tiene, y yo no puedo evitar sonreír como una tonta mientras abandono aquel museo.

Aunque no estoy muy segura del motivo.

Capítulo 6

Compañero inesperado

Cuando compruebo en la lista que el profesor ha colgado en la puerta de clase antes del comienzo de esta el nombre de mi compañero de proyecto, estoy a punto de gritar. ¿Por qué el universo no para de ponerme a Matt por delante? Empieza a ser un poco cansino.

—Esto tiene que ser una broma —mascullo—. Parece que este tío me persigue.

Porque, efectivamente, además de compartir casa y de tenerlo como acompañante, también tenemos una asignatura optativa en común. Y, al parecer, nuestro profesor ha decidido que tenemos que hacer este proyecto —que cuenta la mitad de la nota final— los dos juntos.

Suspiro y lo busco con la mirada. Espero que, al menos, saque su lado agradable —ese que siempre me ha mostrado para ayudarme a adaptarme al campus— mientras trabajamos o será un cuatrimestre muy largo.

—¿Con quién te ha tocado? —pregunta Camino, deteniéndose a

mi lado. Recorre la lista con la mirada y se echa a reír—. Oh, con el señor Churchill.

—No seas mala —la reprendo. A mi amiga le hizo tanta gracia descubrir cuál era su misterioso trabajo que ahora no deja de llamarlo por el nombre de su personaje, lo que hace que Matt esté un poco más huraño que de costumbre, si es que es posible, y que apenas nos lo crucemos por casa. Es casi como si se avergonzara de lo que hace y no quisiera enfrentarse a posibles burlas—. Al menos sé que es alguien a quien las notas le importan…

—Sí, hay que mirar el lado bueno.

Nos apartamos para que los demás puedan comprobar con quién les ha tocado y yo decido acercarme a Matt para ahorrarle la espera.

—Parece que el universo no deja de juntarnos, compañero.

—No creo en el universo —responde de forma algo cortante. Enarca una ceja y yo me encojo de hombros—. ¿También nos ha tocado juntos?

—A lo mejor Andrews sabe que eres mi acompañante y ha decidido que seamos pareja por eso —especulo—. Puede que crea que, como ya nos conocemos, trabajaremos mejor.

—Pues no sé yo…

—Oh, venga ya —protesto al tiempo que me cruzo de brazos, algo ofendida—. No nos llevamos tan mal, ¿no? A pesar de que en casa prefieras ignorarme, cuando hemos tenido que hacer cosas en el campus nos hemos entendido bien.

—Sí, supongo que sí —admite él antes de suspirar—. No te lo tomes como algo personal, Emma.

—No lo hago. Ya sé que odias a todo el mundo, pero también sé que, cuando te tomas algo en serio, lo haces bien. Como lo de ser mi acompañante. O lo de aguantar a…

—A gente en el trabajo —me interrumpe antes de que pueda

terminar la frase. Es más que evidente que no quiere que nuestros compañeros descubran a lo que realmente se dedica, aunque no entiendo por qué. Ni que estuviera haciendo algo ilegal—. Lo he pillado, sí.

—Buenos días, señores.

La voz del señor Andrews nos sobresalta. El hombre, que acaba de llegar, nos mira a todos desde el pasillo con una de sus afables sonrisas y con la llave de acceso al aula en la mano. Hacemos de forma simultánea un pequeño pasillo para que pueda pasar y él lo recorre con esa solemnidad que parece envolverlo siempre. Desde el primer día me cayó bien. Es muy amable y se está convirtiendo en mi profesor favorito en esta facultad.

—Como ya han descubierto a sus parejas de proyecto, les rogaría que, por favor, se sienten juntos durante la clase de hoy para poder organizar algunos detalles y hablar de la logística. Es un trabajo muy importante, por lo que no me gustaría dejar ningún cabo suelto.

Entramos al aula y Matt me señala unas mesas en segunda fila. Asiento y me dejo caer junto a él, que ya ha empezado a sacar las cosas de su mochila. Lo veo abrir su portátil y poner a su alrededor, mientras se enciende, una libreta pequeña, el manual de la asignatura y varios bolígrafos que coloca en una perfecta línea recta. Saca también una botella de agua reutilizable que coloca en la esquina de la mesa, a una distancia prudencial del ordenador para evitar posibles accidentes. Lo tiene todo tan medido que no puedo evitar soltar un silbido que lo sobresalta.

—¿Qué pasa?

—Nada, es que parece que has organizado al detalle un protocolo para colocar tus cosas en clase.

—Quiero tener a mano todo lo que pueda necesitar. —Me mira mientras yo, al contrario que él, solo saco mi *tablet* con su teclado

inalámbrico y los coloco sin ningún tipo de ceremonia junto al café que acabo de comprarme en la cafetería.

—No lo pongo en duda.

El resto de nuestros compañeros también se acomodan. Cami, que ya ha encontrado a su compañera, ocupa uno de los asientos justo detrás de los nuestros y la escucho charlar de forma bastante animada.

—Bien, ahora que por fin estamos todos listos, me gustaría explicarles en qué consistirá el proyecto —toma de nuevo la palabra el señor Andrews—. Puesto que en esta clase estudiamos el impacto de la literatura en la cultura contemporánea, tendrán que elegir un autor famoso anterior al siglo XXI y hacer un análisis de cómo ha influido a la cultura popular actual. Pueden elegir a cualquier escritor de cualquier período y lugar del mundo, por lo que les rogaría que intenten ser diversos. Todos sabemos lo mucho que ha influido Shakespeare, pero, por favor, les rogaría que dejaran de presentarme, como cada año, *Romeo+Julieta* o *10 razones para odiarte*. Intenten ser un poco más originales. Y, si por el motivo que sea, y espero que sea uno de peso, deciden escoger a un autor tan trillado, traten al menos de darle un enfoque más interesante. Vayan más allá de lo que todo el mundo conoce.

Todos comienzan a murmurar a mi alrededor y Matt empieza a teclear a toda velocidad, probablemente para no olvidar nada de lo que acaban de decirnos. Una chica, casi al fondo del aula, levanta la mano y el profesor le cede la palabra.

—¿En qué formato debemos hacer el trabajo? ¿Será una disertación escrita, una presentación oral…?

—Será lo que ustedes quieran que sea —responde él, provocando aún más murmullos. El tener tanta libertad podría complicarnos bastante el trabajo. Suele ser mucho más sencillo seguir una serie

de instrucciones que tener la potestad de hacer lo que queramos—. No les impongo ningún límite. Sorpréndanme. Aunque sí que les pediré que me envíen una memoria de dos mil palabras en la que me resuman los principales resultados de su investigación y que hagan una breve presentación de unos cinco o diez minutos delante de sus compañeros.

Se desatan aún más comentarios y yo me giro hacia Matt, que sigue escribiendo y me ignora.

—Quizás deberíamos ir pensando el autor del que vamos a escribir —le sugiero.

—Estoy en ello. Estoy trabajando en una lista de diez escritores que…

—Espera, espera —lo interrumpo antes de que pueda ponerse a desgranar esa lista—. ¿Y yo no puedo dar mi opinión?

—Claro, pero esto nos ahorrará bastante trabajo. El año pasado cursé una asignatura en la que estudiamos a algunos autores menos conocidos que podrían servirnos para hacer algo diferente.

—¿Y qué tal Jane Austen?

Matt enarca una ceja y me juzga con la mirada sin necesidad de pronunciar ni una sola palabra.

—¿Jane Austen?

—Sí, no sé si te suena —replico de forma sarcástica—. Una señora que vivió en el siglo XIX y que escribió unas novelas que, según tengo entendido, gustan a bastante gente.

—Ya, porque tú lo de que no elijamos a autores que no sean un cliché no lo has escuchado, ¿verdad? Andrews ha hablado de Shakespeare, pero también podría haberlo hecho de Dickens o de Austen. Son la triada de autores británicos más influyentes en la literatura.

—Pues justo por eso —insisto—. No nos costará encontrar sus

influencias.

—Claro que no, porque hay mucha gente que las ha encontrado ya y que ha escrito sobre ellas.

—No, en serio, piénsalo. Tendremos muchísima bibliografía sobre la que trabajar y, además, ¿quién mejor que nosotros para hablar de ella? Tú sabes de primera mano cómo son sus fans y seguro que tienes acceso a datos que nos vendrían de maravilla. Nadie en esta clase sabe más del tema que tú. Bueno, sí: yo. Yo sé muchísimo de Austen y, además, puedo aportar una perspectiva diferente porque soy una fan internacional que sabe cómo ha influido en otros lugares.

—Sigo sin verlo claro —dice, aunque puedo ver cierta duda en sus ojos y sé que, si sigo insistiendo, al final conseguiré salirme con la mía.

—Eso es solo porque estás tan obcecado en odiar a Austen que no puedes ver todas las ventajas.

—No la odio —protesta él—. Si de verdad lo hiciera, no podría trabajar donde lo hago.

—A desgana —puntualizo yo.

—Pero lo hago, al fin y al cabo. Esto no tiene que ver con lo bien o mal que me caiga ella, sino con que no me gustaría que nos quitaran nota por caer en clichés.

—No lo haremos, te lo prometo.

—Emma…

—Dame un voto de confianza, Matt. Tengo una idea que podría ser muy buena.

—¿Cuál?

—Grabarnos a nosotros mismos mientras buscamos esas influencias.

—Estoy seguro de que no seremos los únicos que lo hagamos.

—Podemos decir que es un homenaje a las series web como *The Lizzie Bennet Diaries* o *Emma Approved* —sigo insistiendo, dispuesta a no darme por vencida—. Por ejemplo, yo puedo contar cómo es ser una fan española y tú puedes hacer «un día conmigo» en el trabajo para enseñar a todo el mundo cómo es el auténtico fenómeno Austen en el siglo XXI. Y también podríamos grabarnos visitando lugares relevantes para las novelas, enseñando *merchandising*… Tenemos muchísimas posibilidades.

Él suspira y yo siento que está a punto de darme la razón. Porque sé que es una buena idea. Puede que no sea la más innovadora ni revolucionaria, pero, al menos, va más allá de los ensayos aburridos o de las presentaciones típicas en las que se muestran fotos sin alma de tazas con la cara de algún escritor.

—Vamos, confía en mí. Sé que ahora mismo no lo ves claro, pero te prometo que será algo bueno y que nos pondrán un sobresaliente en el trabajo. Aunque sea sobre Austen.

—A ver, es cierto que puede quedarnos algo interesante… —murmura él mientras sopesa las posibilidades—. Tenemos unas perspectivas distintas a las que suelen encontrarse en el mundo más académico.

—¡Exacto! Sería un soplo de aire fresco que Andrews seguro que apreciaría. Iríamos mucho más allá que nuestros compañeros.

—Y tampoco se me ocurre ahora mismo ningún otro autor del que pudiéramos hablar sin caer en clichés.

—¿Lo ves? Es la mejor opción.

—¿Y si nos acusan de ser demasiado poco serios?

—Pues le hacemos una memoria supertécnica para compensar —sigo insistiendo con la misma seguridad—. Así, además, demostramos que podemos manejar distintos registros y adaptarnos a lo que requiera la situación.

—Bueno, quizás…

—Bien, ¿han decidido ya sobre quién harán el trabajo? —pregunta el profesor en voz alta, interrumpiendo nuestra conversación—. Estoy deseando oír sus interesantes propuestas, así que, comencemos.

Va llamando pareja por pareja hasta que llega nuestro turno. Miro a Matt, esperando su visto bueno, y él, que sigue sin tener más ideas y al que mi propuesta parece haber convencido al menos un poco, acaba por suspirar y asentir.

—Jane Austen —anuncio con una solemnidad que no impresiona al hombre.

—¿Jane Austen? —pregunta, como para cerciorarse de estar en lo cierto—. ¿Están seguros de su elección? No quiero juzgarles, pero hablar de Austen en Bath… Bueno, me parece algo demasiado típico.

—Estamos segurísimos —me apresuro a responder antes de que Matt se arrepienta y elija a cualquier otro escritor—. Vamos a sorprenderle, ya lo verá.

—Estoy deseando ver qué traen. Estaré muy atento a sus avances.

Pasa a la siguiente pareja y yo sonrío a Matt, que ha fruncido el ceño con evidente preocupación. Las últimas palabras de nuestro profesor parecen una amenaza, pero yo sé que no tendremos ningún problema.

O, al menos, eso espero.

Capítulo 7

El Bath de Jane Austen

—¡Hola a todos y bienvenidos a nuestro *vlog*! —digo a la cámara con la mejor de mis sonrisas—. Yo soy Emma, vengo de España y estoy en Bath de Erasmus. Y este de aquí… —Tiro del brazo de Matt, que está un poco lejos y parece un poco reacio a pesar de haber aceptado hacer esto—. Es Matt, mi compañero de proyecto.

—Hola —saluda con nerviosismo—. Vamos a grabar una serie de *vlogs*, inspirándonos en series web como *The Lizzie Bennet Diaries*, para presentaros la influencia de Jane Austen en la cultura contemporánea.

—Y ya veréis todo lo que os tenemos preparado —vuelvo a intervenir yo, que, definitivamente, parezco más segura que él—. Yo voy a contaros cómo se vive el fenómeno Austen en España, y Matt… bueno, os va a encantar. Resulta que, además de estudiar, tiene un trabajo a media jornada relacionado con la autora, aunque no quiero haceros *spoiler*. Así que solo os diré que vais a flipar. Esperamos que disfrutéis mucho estos vídeos y que, si os gustan, nos sigáis para estar al día de todo.

Dejo de grabar y compruebo que la grabación es correcta antes de subirla a la cuenta que hemos creado hace un rato para el proyecto y cuyo enlace ya hemos enviado al profesor Andrews para que pueda ser testigo de nuestros avances.

—Bueno, esto ya está. Tendrás que grabarte esta tarde en el museo —le digo a Matt—. Ya sabes, enseña la ropa, explica lo que haces… Y si te dejaran grabar algo dentro sería increíble.

—Sí, he pensado hablar con los responsables para que nos dejen preparar algunos vídeos enseñando lo que puede encontrarse en la zona interactiva y, de paso, preguntarles si pueden proporcionarnos algunos datos sobre los visitantes con fines investigativos.

—Eso sería fantástico porque no solo podríamos contar nuestras impresiones, sino presentar información objetiva, que nos vendrá, por cierto, de maravilla para el informe.

—Eso creo, así que luego me pasaré a hablar. ¿Tú qué vas a hacer mientras tanto?

—Contar mi historia con Austen. Creo que puede resultar interesante.

Matt asiente y, casi sin despedirse, regresa a su dormitorio, donde se encierra para prepararse para ir a trabajar. Yo suspiro y subo también al mío. Coloco el teléfono en el trípode que he comprado esta misma mañana, ajusto la iluminación y, tras cambiarme de ropa para que no se note que he grabado los dos vídeos el mismo día, me siento frente a la pantalla y empiezo a hablar.

***

Nos pasamos las siguientes semanas preparando pequeños clips sobre Austen. Los vídeos diarios de Matt, a los que hemos decidido titular «Un día conmigo siendo un caballero del siglo XXI» comienzan

a hacerse bastante populares y no tardamos en ganar seguidores interesados en el legado de Jane Austen. Por suerte, también conseguimos que los del museo nos dejen usar las instalaciones —siempre mencionándolos y dándoles las gracias por su colaboración— y que nos den algunos informes con datos sobre el tipo de visitantes y que va bastante más allá del estereotipo de mujer de unos 40 años con bolsa de «*I love Mr Darcy*».

—Mira, hay más comentarios en tu último vídeo —le digo a Matt tras comprobar las notificaciones. Estamos los dos prácticamente solos en el museo, que ya ha cerrado al público, preparándonos para grabar un poco—. Les ha encantado verte tan caracterizado.

—Espero que Andrews valore todo esto y nos ponga buena nota porque si no toda esta humillación *online*…

Suspira con cierta resignación y yo me apresuro a quitarle importancia.

—Sabes que está encantado y es nuestro fan número uno. Además, no exageres. Si aún no tenemos ni dos mil seguidores.

—Me ha escrito una antigua compañera del instituto porque le ha aparecido uno de nuestros vídeos en redes.

—¿Y qué ha pasado? Seguro que te ha felicitado.

—Se ha reído porque dice que no me pega nada este trabajo.

—Ah. —Dibujo una mueca casi de disculpa—. Bueno, pero eso es solo una entre cientos. A la mayoría de nuestras seguidoras les encanta lo que haces.

—Cómo se nota que no eres tú quien sale… —Guarda silencio y yo frunzo el ceño, sin saber muy bien qué le ha pasado—. Acabo de tener una idea para el vídeo de hoy.

—Creía que íbamos a presentar algunos datos —contesto, cada vez más confusa—. Ya me he aprendido el guion.

—Tendremos que dejarlo para otro día porque se me ha ocurrido

algo muchísimo mejor.

—Sorpréndeme.

—Dame solo un minuto.

Matt sale en dirección a los vestuarios de los trabajadores y vuelve a los cinco minutos con un precioso vestido de época.

—No pienso ser el único que salga disfrazado en estos vídeos.

—¿Es en serio? —Sé que él lo ha hecho a modo de pequeña venganza, pero a mí los ojos me empiezan a hacer chiribitas al ver semejante preciosidad de traje—. ¿De verdad puedo ponérmelo?

—Sí, no creo que les importe que te lo pongas para grabar un rato. Además, está hecho para ti porque es el de Emma Woodhouse.

Me llevo una mano a la boca, tratando a duras penas de contener un grito.

—Creo que es el mejor día de mi vida. Este vestido no es como los que te dejan ponerte cuando vas de turista, ¿sabes? Es… es perfecto. Parece muy real.

—Si llego a saber que iba a gustarte tanto…

—¿No me lo habrías dejado?

—No, lo habría hecho mucho antes. —Su respuesta me sorprende y él se encoge de hombros e incluso aparta la mirada, mostrando, por unos instantes, al chico majo en lugar del malhumorado—. Es que se te ha iluminado toda la cara.

Me sonrojo, aunque trato de disimular escondiéndome detrás del teléfono, como si estuviera comprobando el guion.

—Bueno, creo que podríamos hacer una especie de «conviértete en una auténtica protagonista de novela», como si fueras una especie de hada madrina.

—Mientras no tenga que coger una varita… —Sonrío y él levanta un dedo en forma de advertencia—. Ni se te ocurra, Emma.

—Vale, vale, era solo una broma. —Me echo a reír, aunque no

tardo en ponerme de pie y señalar el vestuario—. Ve grabando la introducción mientras yo me cambio, ¿te parece?

—Sí, a ver qué se me ocurre…

Voy hacia la otra habitación, cierro la puerta y me coloco el precioso vestido por delante, para poder verme en el espejo. Voy a parecer una auténtica dama de la Regencia con él. Así que no tardo en cambiarme y ponérmelo. Vuelvo a situarme frente al espejo para echarme un último vistazo y retocarme y trato de abrir la puerta, aunque, en cuanto intento hacerlo, alguien la empuja para que no lo consiga.

—¿Matt? —pregunto, extrañada.

—Espera, dame un segundo. Quiero grabar tu entrada triunfal.

Rio, pero le hago caso y aguardo hasta que, tras lo que me parece una eternidad, él me hace una señal.

—¡Y aquí tenéis a la mismísima Emma Woodhouse, recién salida de su novela!

Giro sobre mí misma, como si fuera una modelo, y hago un par de poses elegantes mientras él me sigue grabando.

—Vosotros no lo sabéis, pero este es el sueño de mi vida —digo—. Por fin soy una chica Austen.

—Y ahora que ya estamos ambos caracterizados… ¿nos tomamos un té?

Me detengo al escucharlo, cada vez más sorprendida por la situación, pero sonrío y asiento. Estoy deseando saber hacia dónde nos lleva aquello.

Matt corta el vídeo y me explica que se le ha ocurrido que podríamos explicar cómo era el té tradicional en aquella época mientras nos bebemos uno. Y yo, que pienso que es una idea genial, no dudo en aceptar. Preparamos un pequeño decorado, pidiendo siempre permiso al guarda que se queda con nosotros para

comprobar que no dañamos nada, colocamos el juego de té que tienen en la zona interactiva —usar uno de los reales que tienen en la de exposición sería pasarse— y nos preparamos unos en las tazas que usan los empleados para tomar algo en sus ratos libres. Montamos el trípode, comprobamos la iluminación y empezamos a grabar el que, para mí, es, sin ninguna duda, el vídeo más divertido de la cuenta. Hablamos, reímos mucho… y Matt está increíble. De repente no es ni el simpático ni el malhumorado. Es Frank Churchill. No, mejor aún, es el señor Knightley. Es el caballero por el que suspiran todas nuestras seguidoras. Incluso me sirve el té con elegancia, como si estuviéramos en un evento formal.

Cuando terminamos de grabar, y para mi sorpresa, él no se levanta corriendo para recoger, quitarse la ropa y volver a casa cuanto antes, sino que sigue charlando conmigo, disfrutando de aquella atmósfera tan cómoda que ha empezado a envolvernos.

—No pareces el mismo hoy —le comento después de unos minutos.

—¿Y eso por qué?

—Estás muy… simpático.

Matt se echa a reír y me doy cuenta de que, a pesar de que nos conocemos desde hace ya unas cuantas semanas y hemos compartido bastantes momentos juntos, es la primera vez que escucho su risa.

—¿Y eso es de verdad tan sorprendente?

—Pues sí porque eres un gruñón. ¡Y no lo digo solo yo! Todos en casa lo hacen.

—Ya, puede que no haya sido el mejor compañero del mundo… —Suspira y se encoge de hombros—. Estoy siempre muy cansado con las clases y el trabajo y lo que menos me apetece es socializar. Además, he tenido unos años un poco complicados.

—Me lo contó Jane. —Él enarca una ceja y yo levanto ambas manos en son de paz—. No se lo tengas en cuenta. Solo quería entenderte un poco mejor y aproveché un día que salimos para preguntarle. Pero te prometo que no me contó nada demasiado personal, solo algunos detalles.

—Ya tendré yo una pequeña charlita con mi prima…

—No lo hizo a malas —sigo insistiendo—. Y me ayudó a comprenderte un poco mejor. Es una faena que tengas que compaginar el trabajo con los estudios.

—Pues sí —admite—. Es un agobio. Sobre todo porque necesito tener un buen expediente para que me acepten en alguno de los posgrados que me interesan. Tengo que dar una buena impresión a mis posibles futuros supervisores y no lo haré siendo un mediocre y escribiendo disertaciones malas.

—Siempre puedes venderles este trabajo como un experimento interactivo que aprovecha las tecnologías del siglo XXI y todas las posibilidades que estas ofrecen para tratar la literatura desde nuevas perspectivas.

—Oye, no suena nada mal. Puede que te lo robe.

—Te doy permiso para que lo hagas, pero quiero que me compenses.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

Me sonrojo al escuchar esa pregunta que hace en un tono que me parece ligeramente distinto al que tenía hace un momento. Es algo más… íntimo.

—Pues… pues no sé —consigo decir, aunque tartamudeo—. Igual te pido algunos apuntes.

—Eso está hecho. Para que veas que soy más majo de lo que parezco.

—Solo cuando quieres. El resto del tiempo eres un borde,

malhumorado, algo maniático…

Él repite mis palabras en tono de burla y yo le saco la lengua antes de echarme a reír. Me río tanto que acabo por contagiárselo a él, que estalla en carcajadas e incluso suelta una risita «de cerdito» que no puede parecerme más adorable y que hace que sienta un pequeño remolino en la tripa.

—Se está haciendo un poco tarde, ¿no? —me dice cuando ambos recuperamos la compostura—. Creo que deberíamos irnos a casa.

—Sí, será lo mejor —admito—. No quiero molestar. Encima que nos dejan grabar aquí…

—Cámbiate tú primera si quieres mientras yo recojo todo esto.

—¿Seguro?

—Claro. Yo sé dónde va todo, así que no tardaré nada.

Asiento y voy hacia el vestuario en el que he dejado mi ropa. Me quito, muy a mi pesar, el precioso vestido de Emma Woodhouse, que coloco con sumo cuidado en su percha, y regreso con Matt, que ha dejado aquel lugar como si no acabáramos de tomar el té en él. Me pongo a recoger el trípode y todo lo que hemos llevado para grabar mientras es su turno de cambiarse y, cuando acaba, avisamos al guardia y los tres salimos, cerrando el museo hasta el día siguiente.

Capítulo 8

Pubs and rooms con encanto

—¿Pero tú estás segura de que esto es solo un viaje de compañeros de proyecto?

Pongo los ojos en blanco al escuchar la pregunta de Camino. Lleva así desde que le conté mis planes con Matt para aquel fin de semana. Al parecer no cree que un chico y una chica puedan ir juntos —y compartir habitación— sin que pase algo entre ellos y no se fía de mí cuando le digo que ni se me ha pasado por la cabeza.

—Cami, es Matt.

—Ya, ¿y? Últimamente se os ve muy… acaramelados.

Resoplo. Sé perfectamente por qué lo dice. Cuando subimos el vídeo del vestido y el té a las redes todos nuestros seguidores empezaron a especular sobre nosotros e incluso nuestros compañeros de casa comenzaron a sospechar. Decían que se nos veía muy cercanos en las imágenes, y todo el tiempo que pasamos juntos últimamente —y no solo por motivos profesionales, ya que también he conseguido que Matt empiece a relacionarse con nuestros compañeros e incluso hemos desayunado juntos algunos

días— lo único que parece hacer es confirmar sus teorías más disparatadas.

Aunque ni mucho menos.

A pesar de que aquel día en el museo sentí mariposas con Matt y que me he encontrado más de una vez viendo en bucle sus vídeos con ropa de época, no tengo ninguna intención de que pase algo entre nosotros. Como mucho podemos ser amigos, y eso no hay ningún viaje que vaya a cambiarlo.

—Yo creo que va a pasar algo. —Oliver, que ha seguido a mi amiga hasta mi habitación y parece más que dispuesto a dar su opinión sobre el tema, me mira con una ceja enarcada.

—Ya, ¿y quién te ha preguntado?

—No te pongas borde, Emma —se apresura a defenderlo Camino, que sigue creyendo que es el amor de su vida y que ya le ha puesto nombre en su imaginación a todos sus hijos y perros—. Es solo que es… raro.

—No lo es. Solo queremos sacar buena nota en el trabajo.

—Y yo también y no me voy de viaje con mi compañera.

—Pero es que nuestro enfoque es completamente distinto —sigo insistiendo—. Nuestros seguidores quieren seguir viendo cosas sobre Jane Austen y, como ya hemos acabado con todas las de Bath, no nos queda otra que ir a Winchester.

—¿Y por eso tenéis que dormir en la misma habitación?

Pongo los ojos en blanco al escuchar a Oliver y Camino se echa a reír. A lo mejor sí que son tal para cual y están destinados a estar juntos.

—Nos salía mucho más barato y no somos precisamente ricos.

—Ya, pero admite de una vez que es raro —vuelve a repetir Camino—. Yo no me iría de fin de semana con un tío al que no conozco.

—¿Y a Londres conmigo?

La veo contener un grito al escuchar aquello y girarse con una emoción imposible de camuflar.

—¿De verdad? ¿Quieres que nos vayamos a Londres juntos?

—Así puedo enseñarte mis rincones favoritos de la ciudad y podemos disfrutar de algo de tiempo para nosotros.

—¿Más aún? —pregunto sin poder evitarlo, haciendo que mi amiga me fulmine con la mirada.

Aunque quiero aclarar que no es ninguna mentira: llevan semanas sin separarse el uno del otro. Prácticamente se han convertido en siameses, lo que me parece un poco agobiante, aunque intento no juzgarles y me alegra que mi amiga sea tan feliz.

—Podría deciros lo mismo a ti y al señor Churchill. Para no ser nada, pasáis mucho tiempo juntos.

—¡Por el proyecto! —sigo insistiendo yo.

—Pero no seas mentirosa —replica Camino—. ¿Los desayunos? ¿Los paseos a la facultad? ¡Si incluso algunos días cenáis juntos! Además, veo vuestros vídeos y ahí hay tema.

—No empieces como nuestros seguidores.

—Por algo lo dicen, Emma. Cuando el río suena…

—Este río no suena, hazme caso.

Me giro en parte para seguir haciendo la maleta y en parte para que no se dé cuenta de que me he puesto un poco roja al recordar lo bien que lo pasamos aquella tarde en el museo. Y todas las que han venido después.

—Bueno, luego no digas que no te lo advertí. —Camino se acerca, me pasa un brazo sobre los hombros y se acerca para poder susurrarme—. Recuerda lo que dijimos antes de venir: esto es una aventura. Vívela al máximo, Emma.

Pongo los ojos en blanco y ella me da un beso en la mejilla y me

desea un buen viaje antes de salir del dormitorio seguida por Oliver. Yo termino, por fin, mi maleta, la bajo de la cama y me encamino hacia el vestíbulo de la casa, donde ya me espera Matt, tan puntual como siempre. No lleva ninguna maleta, solo una mochila negra y sobria en la que, deduzco, ha conseguido guardar todas sus cosas.

Jamás seré capaz de entender a la gente que viaja tan ligera de equipaje, aunque la admiro muchísimo. Yo siempre acabo llevando cosas de más y cargando con decenas de «por si acasos» que luego no me sirven para nada.

—Ya estoy lista —anuncio como si no fuera más que evidente—. ¿Nos vamos?

—Sí, el autobús está a punto de pasar.

Sin más despedidas —al fin y al cabo, solo nos vamos dos días— abandonamos nuestra destartalada casa y nos dirigimos a la estación para coger un tren con enlace destino Winchester.

—¡Hola a todos! —saludo a la cámara mientras esperamos—. Por fin comienza nuestra gran aventura y pienso llevaros con nosotros todo el tiempo, así que estad muy atentos a nuestras redes y todos los vídeos que vamos a traeros.

Matt me observa sonriendo mientras yo lo publico y vuelvo a sentir mariposas en el estómago. No sé por qué pero me parece muy mono cuando me mira de esa manera, como si yo fuera algo maravilloso. Levanto la vista y un escalofrío me recorre cuando nuestros ojos se encuentran. Por un instante es como si no existiera nadie más en el mundo. Solo nosotros dos. Aunque por suerte el tren llega justo entonces y el momento se desvanece.

Carraspeo y lo señalo con la cabeza y él, que también parece haberse quedado prendado por la extraña atmósfera que nos ha rodeado, asiente y me sigue. No tardamos en encontrar nuestros asientos y nos pasamos la primera parte del viaje trabajando: yo voy

escribiendo algunos guiones mientras él avanza con el informe teórico. Nos bajamos en Southampton y esperamos unos veinte minutos hasta que llega nuestro último tren. Y, a pesar de que mi intención es seguir haciendo cosas en esta segunda parte del trayecto, estoy tan emocionada que soy incapaz. Voy hacia el lugar donde reposa Jane Austen. Donde pasó sus últimos días. Donde escribió y editó las historias que tanto adoro.

No puedo centrarme en el trabajo cuando estoy tocando el sueño de mi vida con la punta de los dedos.

Matt, sin embargo, no parece ni la mitad de emocionado que yo y se dedica a repasar para un parcial que tiene la semana que viene.

Cuando la megafonía anuncia que estamos a punto de llegar a la estación, soy incapaz de seguir esperando en mi asiento, así que me pongo de pie, bajo mi maleta y, sin esperar ni siquiera a Matt, que me mira como si estuviera sufriendo algún tipo de locura transitoria, me acerco a la puerta. Estoy tan impaciente por conocer por fin este lugar que sería capaz de tirarme del tren en marcha.

Matt no abandona su asiento hasta que nos detenemos por completo y, cuando me alcanza, yo ya estoy en el andén.

—¿Y esa prisa?

—Me muero por explorar este lugar.

—Sí, ya lo veo. Estás tan nerviosa que ni siquiera has grabado el vídeo que teníamos planificado.

—¡Ay, es verdad! —Saco el teléfono y abro la cámara rápidamente. Nos encuadro a ambos y pulso el botón de grabar—. ¡Hola a todos! Por fin estamos en Winchester y no sabéis las ganas que tengo de enseñároslo todo.

—Tiene tantas que ha salido corriendo del tren —confirma Matt.

—Es que, no sé tú, pero yo ya respiro la literatura.

Me giro y, sin querer, volvemos a compartir una de esas miradas

en las que parece que el mundo se ha detenido. Sé que debemos separarnos, pero hay algo que me lo impide, así que permanecemos así unos segundos hasta que recuerdo que estamos en mitad de un vídeo y que debemos terminarlo.

—Bueno, la cuestión es que yo ya puedo sentir la magia de este lugar y que pronto os enseñaremos más.

—Muy muy pronto —promete él.

Termino el vídeo y, a pesar de que sigo con los nervios a flor de piel, consigo fingir que todo está bien e iniciar nuestro camino hacia el *pub and rooms* en el que vamos a alojarnos y que está en pleno centro histórico de la ciudad, justo enfrente de la Westgate. Hacemos el *check-in* en una pequeña ventanita situada junto a la barra de la zona de pub y, llave en mano, subimos por unas empinadas escaleras hasta la segunda planta. Resoplo un poco cuando nos detenemos en el rellano y dejo la maleta en el suelo. Si hubiera sabido que no había ascensor y que acabaría subiendo el equipaje a pulso, habría prescindido de, al menos, tres o cuatro cosas.

Matt abre la puerta y yo no puedo evitar una exclamación al ver una habitación bastante grande y con una decoración muy acogedora. Es, sin duda, un lugar con mucho encanto, perfecto para una escapada de fin de semana. Hay un armario, un escritorio en el que hay un hervidor de agua, dos tazas y varios sobres de infusiones y azúcar, un par de sillas acogedoras y… una única cama.

—Esto debe de ser un error —murmura él, visiblemente, azorado y sin apartar la mirada de la cama—. Se suponía que habría dos.

—Pues no es así.

—Voy a bajar a aclarar esta situación. Estoy seguro de que habrá una solución.

Pero, al parecer, no la hay. Solo tienen dos habitaciones dobles

con dos camas individuales y da la casualidad de que ambas están ocupadas. Y, tal y como el recepcionista nos recuerda, en las condiciones se especifica claramente que el tipo de cama dependerá de la disponibilidad. Así que volvemos al cuarto y, tratando de ignorar el elefante rosa —o, en este caso, la gran cama de matrimonio—, dejamos nuestras cosas y nos acomodamos un poco.

—¿Por dónde quieres empezar? —me pregunta él mientras yo coloco un vestido en el armario para que no se arrugue.

—Me encantaría ver ya la tumba de Austen. Me dan escalofríos solo de pensarlo, mira.

Levanto el brazo para que vea que se me ha puesto la piel de gallina y él no oculta su sonrisa.

—Por mí no hay problema.

Un cuarto de hora más tarde salimos del *pub and rooms*, listos para comenzar a grabar. Hacemos algunas tomas de la antigua puerta de la ciudad y comenzamos a bajar por High Street, con sus casas de aspecto ligeramente medieval tan distintas a las de Bath. Deambulamos durante unos cuantos minutos hasta que torcemos por Market Street y nos encontramos, en mitad de una especie de parque, con la imponente catedral. La última morada de Jane Austen.

Me coloco frente a ella para grabar, pero estoy tan nerviosa que tenemos que hacer cinco tomas porque no dejo de tartamudear y olvidarme del guion. Estoy tan cerca de cumplir uno de mis sueños que soy incapaz de mantener la calma y actuar como la profesional que, en teoría, debo ser.

—Venga, Emma, son solo tres frases —insiste Matt cuando tenemos que cortar otra vez—. No es tan difícil.

—Ya lo sé, pero es que… ¿tú sabes lo que hay ahí dentro?

—¿Archivos y tumbas?

—¡No cualquier tumba! Jane Austen es toda una inspiración para mí y saber que estoy a punto de entrar a su última morada, que podré recorrer sus últimos pasos, recrear su último viaje… Para mí esto es muy importante y me encantaría ser capaz de mostrarlo ante la cámara. Me encantaría poder transmitirle a la gente al otro lado de la pantalla todo lo que estoy sintiendo.

—Bueno, creo que acabas de hacerlo.

Enarco una ceja al darme cuenta de que Matt tiene el teléfono en posición vertical y que ha grabado todo lo que le he estado diciendo.

—Podrías haberme avisado —le recrimino, algo cohibida. No sé si quiero que todo internet me vea en un momento tan vulnerable.

—No habría salido tan bien, hazme caso. Ha sido muy realista y eso es lo que a nuestros seguidores les gusta. Aunque, si lo prefieres, podemos…

—No —lo interrumpo, porque no me apetece seguir haciendo tomas. Necesito entrar ya a la catedral—. Me fio de ti. Eres mucho más tiquismiquis que yo, así que, si dices que está bien, seguro que lo está.

Cruzamos, al fin, la entrada del templo, compramos nuestras entradas —que, según nos dicen, son válidas durante un año entero — y empezamos a deambular prestando atención a todas las lápidas del suelo hasta que, en el pasillo opuesto al que hemos comenzado, por fin la veo. Es una losa sencilla, oscura, con un pequeño texto en el que ni siquiera se mencionan las novelas de Austen. Pero ella está ahí abajo y a mí el estómago se me pone del revés. Esto es lo más cerca que estaré jamás de ella.

Releo la inscripción una y otra vez, casi como si intentara aprendérmela de memoria, y noto un regusto cada vez más amargo en la boca. ¿Cómo pudieron negarle su identidad como autora incluso en la muerte? ¿Cómo intentaron borrar esa parte de su

historia? Sabía que nunca había publicado con su nombre, que se había ocultado detrás de *A Lady*, mas una vez muerta, ¿qué más daba lo que pudiera opinar la sociedad? Tenía derecho a una lápida que la representara de verdad. A algo que no la limitara a ser la hija de un reverendo. Sé que, justo al lado, hay una placa dorada, instalada años más tarde, en la que sí que se habla de la importancia literaria de Austen, pero no me parece suficiente. Se merecía algo más.

—¿Estás bien?

La voz de Matt me sorprende y me giro para mirarlo. Me observa con la preocupación dibujada en la cara, tratando de averiguar cómo ayudarme, y justo entonces me doy cuenta de que tiemblo ligeramente y me he puesto a llorar. Me apresuro a secarme las lágrimas.

—Sí, perdona. Debes de pensar que soy una dramática.

—No, para nada.

—¿En serio?

Enarco una ceja con incredulidad y él asiente, ampliando aún más su sonrisa que, de repente, me parece deslumbrante. ¿Siempre ha sido así?

—Eres apasionada. Eso es todo. No pasa nada por emocionarse por cosas que a otros pueden parecerles insignificantes pero que son importantes para nosotros.

Y dicho esto, y para mi sorpresa, me abraza, haciendo que tiemble aunque, esta vez, no precisamente por la emoción de estar allí. Me aferro a él durante unos segundos e incluso cierro los ojos, disfrutando de aquel contacto, aunque al final no me queda más remedio que separarme de él y fingir que no ha pasado nada.

A pesar de que sé que algo dentro de mí ha cambiado en este momento.

Conseguimos grabar algunas tomas de aquel rincón de la catedral, aunque preferimos no hacer algo demasiado elaborado para no molestar al resto de visitantes. Ya tendremos tiempo de contarles nuestras impresiones a nuestros seguidores.

Aprovechamos, ya que estamos aquí, para ver el resto de la catedral: sus tesoros, su Biblia del siglo XII, su cripta que se inunda… Es un lugar precioso que va mucho más allá de la tumba de Jane Austen y me alegra mucho haber entrado. Una vez acabada la visita, salimos y, ahora sí, grabamos nuestras impresiones, sentados frente a la catedral.

—Ha sido sobrecogedor —confieso ante la cámara, que hemos colocado en su trípode—. Sabía que iba a gustarme, pero no esperaba que tanto.

—La verdad es que ha sido un momento muy especial. Me alegra muchísimo haber venido. Además, Winchester es muy bonita.

—Sí, y aún nos quedan muchas cosas por ver, así que seguid atentos.

Edito el vídeo ahí sentada, en veinte minutos, y lo subo directamente a redes antes de seguir con nuestra ruta que nos lleva hasta la casa en la que Austen pasó sus últimos días, a pocas calles de la catedral y en cuya puerta —puesto que el interior no se puede visitar, ya que es una casa particular— grabamos de nuevo.

Como se nos ha ido la mañana, paramos a tomar unos sándwiches antes de seguir visitando la ciudad. Pasamos la tarde viendo lugares que no están relacionados con Austen, como el *Great Hall* en el que se encuentra la supuesta mesa del rey Arturo, y, tras un día agotador, nos sentamos a cenar en el pub en el que nos alojamos.

—«Aquí nació en 1814 Edward Cavendish, X duque de Anglesey» —leo en voz alta la placa que hay junto a nuestra mesa—. Qué curioso.

—La verdad es que sí. Los duques de Anglesey son muy influyentes —responde Matt, observando también la inscripción—. Están emparentados con la familia real incluso.

—¿Y uno de ellos nació en un *pub and rooms*? Pues menudo *glamour*.

—Es que su familia materna era de la zona y ella estaba de visita en la ciudad a pesar de su avanzado estado de gestación —interviene, de repente, el camarero que trae nuestros platos—. Así que acabó naciendo en esta casa antes de que fuera, por supuesto, un bar. La familia mandó poner la placa hace varias décadas para recordarlo. Al parecer le tienen particular cariño a esa anécdota.

Asiento, algo cohibida por aquella pillada y porque no quiero parecer desconsiderada, y le doy las gracias por la información. Él hace un leve movimiento de cabeza, deja los dos platos sobre la mesa y se aleja mientras Matt, incapaz de seguir aguantándose la risa, estalla en carcajadas.

—No es divertido —mascullo.

—Oh, claro que sí. Deberías verte la cara ahora mismo. Es más, creo que voy a grabarte.

Le hago un corte de mangas casi sin pensar y él se ríe aún más, aunque no hace ademán de sacar su teléfono.

—¿Sabes? Me caías mejor antes.

—¿Cuando apenas hablábamos? —me pregunta él, probablemente animado por la copa de vino que se está tomando.

—Cuando eras un ermitaño gruñón que no quería hacer este trabajo conmigo —replico, también animada por mi bebida. Incluso le doy un pequeño toquecito en el brazo que lo hace enarcar una ceja—. Al menos no te reías de mí.

—Contigo, Emma. Me río contigo.

—Bueno, yo creo que esa es más bien tu opinión…

No sé muy bien cómo ha pasado, pero poco a poco nos hemos ido acercando el uno al otro hasta quedar cerca. Muy cerca. Quizás demasiado para tratarse de un país no-Mediterráneo. Levanto la mirada y lo observo con atención. Sus ojos brillan de una forma que no había visto antes, su rostro está relajado y tiene dibujada una sonrisa preciosa que no deja de sorprenderme. ¿Por qué se pasará tanto rato ocultándola? Entiendo que las cosas no han sido siempre fáciles para él, que tiene una ruptura muy reciente, que el estrés de trabajar y estudiar al mismo tiempo mientras intenta causar buena impresión a sus profesores le está pasando factura… pero no debería esconderla jamás.

Él también me mira y, por unos segundos, me encantaría poder meterme en su cabeza para saber en qué está pensando. ¿Pensará que esta noche estoy muy guapa? ¿Se habrá acordado de lo que pasó en la catedral y seguirá creyendo que soy apasionada? ¿Querrá…?

Un escalofrío me recorre al ser consciente de cómo termina esa pregunta. Noto una sacudida en el estómago y me obligo a carraspear y volver a poner distancia entre ambos. Matt parece sorprendido durante unos instantes, aunque no tarda en recuperar la compostura y señalar su plato.

—Deberíamos empezar antes de que se enfríe.

Asiento y me pongo a comer, centrando toda mi atención en aquella *pie*, como si fuera lo más interesante del universo. Lo mejor será que me olvide del momento tan raro que acabamos de vivir.

Aunque hay algo que me ronda la mente y que no puedo bloquear por completo.

Cuando lleguemos arriba, como si de un *fanfic* se tratara, solo habrá una cama.

Capítulo 9

Legados

Cuando me despierto esa mañana, y a pesar de que Matt y yo nos fuimos a dormir espalda contra espalda para evitar cualquier posible momento extraño, no tardo en darme cuenta de que estoy apoyada sobre él y le babeo el hombro. Ni de que él me está mirando.

Me pongo roja —no necesito un espejo para saberlo— y me apresuro a incorporarme mientras balbuceo excusas en español que él, evidentemente, no entiende.

—Perdona —consigo decir al fin en inglés—. No me he dado cuenta.

—No te preocupes. Aunque… te pasaré la factura de la tintorería.

—¿Solo por un poco de baba? —Bufo y él lanza una carcajada—. Igual eres un poquito delicado de más.

—¿De más?

—Sí. No sé cómo consigues sobrevivir en nuestra casa.

—Con mucha paciencia y pasándome todo el tiempo que puedo en mi pulcro dormitorio.

—Oh, así que es por eso. Y yo creyéndome todas tus excusas

baratas y eso de que estabas demasiado cansado por el trabajo…

—Digamos que es un cincuenta cincuenta. —Se sienta en la cama y señala el baño con la cabeza—. Creo que deberíamos ponernos en marcha. ¿Quieres entrar tú primero o me ducho yo?

—Dúchate tú. Yo prefiero quedarme un poco más aquí tumbada. Así aprovecho para terminar los guiones de hoy.

Él asiente y sale de la cama y yo lo sigo con la mirada con cierto disimulo mientras se pasea por el cuarto, coge su ropa y entra en el aseo. Y no sé por qué pero, cuando cierra la puerta y me doy cuenta de que estoy sola entre esas sábanas, me siento… abandonada. Demasiado.

Aun así, consigo sacudirme rápidamente la sensación y ponerme a trabajar. Nos espera un día muy emocionante y necesito que todo salga bien.

Matt sale poco después, vestido y con el pelo mojado y, a pesar de que mi mente amenaza con ponerse a divagar por lugares que me resultan algo desconocidos, consigo conservar la cordura y ponerme en marcha yo también.

Apenas treinta minutos más tarde estamos los dos sentados en la zona de desayuno del pub, disfrutando de la riquísima comida que viene incluida con la habitación. Nos hemos servido cafés, zumo y tostadas y hemos pedido, como plato caliente, un desayuno inglés —yo, demostrando que soy una auténtica turista— y unos huevos benedict —él—. Charlamos de lo que vamos a hacer, practicamos algunos de los discursos de los vídeos y, antes de que pueda darme cuenta, estamos en la parada de autobús esperando al que nos llevará hasta Chawton, donde se encuentra la casa en la que Jane Austen pasó sus últimos días y que se ha convertido en un museo dedicado a la autora.

Un autobús de dos plantas no tarda en detenerse. Compramos los

billetes y obligo a Matt a subir a la parte superior a pesar de sus protestas.

—Nunca he estado en uno así —insisto—. Bueno, sí, en alguno turístico, pero no es lo mismo.

Dibujo una expresión digna de cachorrito abandonado y él acaba por resoplar y aceptar.

—Venga, vamos antes de que me arrepienta…

Nos bajamos en el borde de la carretera y tenemos que usar un paso subterráneo para llegar hasta el otro lado —y yo, la verdad, doy gracias por estar acompañada porque, a pesar de mi independencia, dudo haber sido capaz de llegar hasta allí sola—. Grabamos el trayecto. Matt va mostrando el paisaje mientras yo les cuento a nuestros seguidores cómo pueden hacer el viaje. Hasta que, por fin, llegamos ante la casa rojiza con el pequeño cartel que nos indica que fue el hogar de Austen.

Hacemos unas cuantas tomas y, por fin, entramos. La mujer de la taquilla nos explica la distribución del museo y nos da la bienvenida, y yo me noto temblar porque sé lo que estoy a punto de ver. Y que va a ser incluso más emocionante que la tumba.

Aunque, antes de llegar a la parte principal de la casa, aprovechamos para ver los jardines y entrar a la zona de las antiguas cocinas, que han transformado, y donde puedes hacer tus propios saquitos de lavanda y ponerte unos trajes destartalados, muy distintos a los que nos pusimos para tomar el té en el museo de Bath, pero, aun así, bastante especiales. Me pongo un gorro y doy una vuelta sobre mí misma con cierto dramatismo, casi como si fuera una supermodelo, y Matt me mira de esa forma en la que siempre miran a las protagonistas de las películas.

Me detengo frente a él y, sin saber muy bien de dónde saco toda esta iniciativa, cojo un sombrero y se lo pongo en la cabeza,

quedándome muy cerca de él. Casi tan cerca como anoche en el pub. Y en ese momento quizás habría pasado algo si…

Veo en sus ojos que está pensando lo mismo que yo, que también se pregunta si ha surgido algo entre nosotros que nos ha convertido en más que compañeros de casa y proyecto.

Da un paso al frente y yo no me alejo de él. Cada vez estamos más cerca y el aire que nos envuelve parece haber cambiado y estar cargado de una electricidad que soy incapaz de explicar pero que me une más y más a él.

Necesito terminar de recorrer esa distancia.

Necesito que me bese. O besarlo yo. Lo que pase primero.

Seguimos acercándonos, impulsados por esa gravedad hasta que, de repente, un sonido hace que el hechizo se rompa.

Me alejo de un salto y saco mi móvil, que no deja de sonar, del bolso.

—Es mi madre —me excuso—. Dame solo un segundo.

Contesto, para ver si se trata de algo importante, pero ella solo me pregunta si ya he llegado a Chawton y cómo va el viaje. Tengo que contener un bufido de frustración. ¿Me ha interrumpido solo para eso? ¿En serio? Aunque me obligo a guardar las formas y contestarle con normalidad. No es como si lo hubiera hecho a propósito y sé que, a pesar del tiempo que llevo ya fuera, sigue pasándolo mal.

Después de un par de minutos, cuelgo la llamada, pero la magia ha desaparecido por completo, así que nos cambiamos de ropa y continuamos con la visita mientras seguimos grabando y yo tengo que reprimir las súbitas ganas de llorar que me han entrado al darme cuenta de que, lo que fuera que hubiera podido pasar, ya no lo hará.

Aunque no tardo demasiado en descubrir que me he equivocado.

Cuando estamos en el salón y yo estoy contemplando, embelesada, casi a punto de llorar, la mesa en la que Jane Austen escribió sus novelas, noto cómo las manos de Matt me giran hacia él y me acercan a su pecho. Dejo que me abrace, aferrándome a él con fuerza.

Y es justo entonces cuando, por fin, me besa.

Frente a la mesa que vio al señor Darcy confesar su ardiente amor a Elizabeth Bennet. Al señor Knightley decirle a Emma que, quizás, podría hablar más de su amor si la quisiera un poco menos. Al capitán Wentworth pedir una segunda oportunidad, entre la agonía y la esperanza, a Anne Elliot.

Definitivamente, no hay mejor lugar para un primer beso.

Tardamos en separarnos y, cuando lo hacemos, no puedo evitar sonrojarme al darme cuenta de cómo nos están mirando el resto de los visitantes del museo.

—Creo que acabamos de dar un espectáculo —murmuro.

—Eso parece.

Matt hace ademán de separarse, algo avergonzado, pero yo me adelanto. Lo agarro de la camiseta, lo acerco de nuevo y vuelvo a besarlo. Para montar el espectáculo completo.

Nos pasamos el resto de la visita grabando con cara de idiotas, riendo y compartiendo algún que otro beso más. No sé muy bien qué está pasando, ni cómo hemos acabado así, pero no quiero cuestionármelo. Estoy demasiado a gusto como para hacerlo.

Cuando salimos de la casa, tomamos algo y aprovechamos el resto de la tarde para grabar algunos vídeos en la zona, mostrando otros sitios de interés e incluso explicando la ruta para llegar. Seguimos compartiendo besos y, en un momento determinado, incluso me animo a cogerlo de la mano y él me la estrecha.

La visita está siendo mágica. Casi como un sueño.

Aunque el hechizo parece romperse cuando llegamos a Winchester. Cuando nos bajamos del autobús, Matt me dedica una mirada de preocupación y yo sé lo que va a decirme antes de que lo haga. Y se me rompe un poco el corazón.

—Emma, lo de antes…

—Lo sé —lo interrumpo porque no quiero oírlo. No quiero escuchar ninguna excusa—. Ha sido la emoción del momento.

Guarda silencio unos segundos, como si no supiera muy bien qué decir, aunque acaba por asentir.

—Sí, supongo que sí. Es que yo…

—De verdad, Matt, no tienes que darme explicaciones —lo interrumpo antes de que termine la frase—. Somos… amigos.

—¿Amigos?

Veo una sombra en su mirada que achaco a que ni siquiera somos eso para él, así que me apresuro a aclararlo.

—Sí, bueno, a ver, no íntimos amigos pero sí compañeros que se llevan relativamente bien. Lo de hoy no ha tenido ninguna importancia. No tienes que preocuparte.

—¿De verdad? —insiste él y yo me obligo a asentir con una sonrisa a pesar de que noto una punzada en el estómago. Quizás para mí no está tan clara la situación—. Está bien. ¿Te apetece cenar? Se ha hecho tarde.

Asiento y ambos nos encaminamos hacia el centro para buscar algún bar o restaurante en el que tomar algo. Lo miro de reojo mientras caminamos y no puedo evitar recordar los besos y la complicidad que hemos compartido.

Por fin empiezo a darle vueltas a todo lo que ha sucedido y empiezo a hacerme preguntas. ¿Cómo hemos llegado a ese punto? ¿Cuándo ha cambiado tanto nuestra relación? Empiezo a hacer memoria y no tardo en recordar el día en el que los dos nos

vestimos de época y tomamos el té. Aquella tarde marcó un punto de inflexión en nuestra relación o, al menos, lo hizo para mí. No es que crea que Matt es el amor de mi vida, ni que me esté montando una superproducción de Hollywood en mi cabeza en la que ambos vivimos felices para siempre, pero sí que he empezado a verlo como algo más. Un posible futuro que no llegará a ningún sitio porque es evidente que él ha decidido que ha sido solo un error.

Así que me muerdo la lengua y me paso el resto de la tarde y la noche fingiendo que no ha pasado nada, tratando de olvidarme de todos los besos y las risas.

Aunque me cuesta bastante más de lo que estoy dispuesta a admitir.

Capítulo 10

¿Vuelta a la realidad?

La vuelta a casa a la mañana siguiente la hacemos envueltos en un silencio algo tenso y lleno de palabras y, quizás, reproches no pronunciados, aunque nos esforzamos por mantener cierta cordialidad por el bien del proyecto. Al fin y al cabo, ambos queremos aprobar la asignatura.

Camino me está esperando en mi dormitorio cuando llego y me da un susto de muerte.

—Oh, venga, no seas exagerada —protesta entre risas mientras yo intento recuperarme de la impresión.

—Estabas tumbada en mi cama con las cortinas echadas. ¿Cómo esperabas que reaccionara?

—Pues como una persona normal. —Da un par de golpecitos en el colchón para que me siente e incluso se inclina un poco hacia delante—. Bueno, ¿no vas a contarme nada del viaje?

—Cami…

—¿Cómo os ha ido? He estado siguiendo todo lo que habéis subido y se os veía muy compenetrados.

—No ha estado mal —respondo de forma escueta porque no sé por dónde empezar, ni mucho menos cómo decírselo para que no entre en un estado de euforia que acabe por alertar a todo el vecindario.

—¿Y ya está? ¿De verdad? —protesta ella que, evidentemente, no va a conformarse solo con eso—. ¡Quiero todos los detalles! Y no creas que voy a tragarme eso de que no ha pasado nada. No soy tonta.

Suspiro y decido claudicar sin oponer ningún tipo de resistencia. En el fondo, me muero por contar lo que ha pasado y sé que Camino me entenderá o, al menos, lo intentará. Así que le cuento todo lo que pasó desde que nos subimos al tren hasta que volvimos a casa sin obviar ningún detalle. Le hablo de la cercanía, del momento algo extraño que tuvimos cenando, de cómo me desperté babeándole el hombre, del casi beso y, por fin, de los de verdad.

—Pero después él me dijo que éramos solo amigos —concluyo mi relato ante la atenta mirada de mi amiga, a la que le faltaban solo las palomitas—. No sé, creo que he podido malinterpretar algunas señales…

—No, no lo has hecho —se apresura a responder ella—. Sus intenciones estaban muy claras. ¡Te besó! ¡Varias veces!

—Ya, pero puede que fuera solo por la emoción…

—Oh, venga ya —protesta ella—. No besas a alguien más de una vez por la emoción. Si hubiera sido una vez podría haberme tragado la excusa, pero así no cuela, lo siento.

—Cami…

—¿A ti te gusta él?

Me remuevo algo incómoda, sin saber muy bien qué contestar. ¿Me gusta? Podría decir que sí. De no ser así, no habría pasado nada con él. Pero pronunciar aquello en voz alta me parece tan fuerte, tan

serio, que me aterra. Además, ¿de qué va a servirme admitirlo? Está más que claro que él no quiere nada.

—Es complicado —digo finalmente porque Camino no para de presionarme con la mirada para que conteste a su pregunta—. No creo que sea el amor de mi vida, pero… estoy muy a gusto con él.

—¡Lo sabía!

—No te emociones tanto porque ya te he dicho que no va a pasar nada más.

Mi amiga protesta durante casi diez minutos. Nos llama idiotas y dice que estamos tratando de engañarnos a nosotros mismos —porque, según ella, a los demás no—. Parece haberse tomado todo esto como si fuera algo personal que estuviéramos haciendo para fastidiarla.

—Pero, bueno, tú haz lo que tú quieras, que ya eres mayorcita —concluye cuando se queda sin argumentos—. Yo mejor no digo nada.

—Pues para no decir nada, bien que llevas diez minutos sin parar de hablar.

—¡Oye!

Me lanza el cojín que tengo sobre el colchón y yo lo esquivo, riendo, antes de dejarme caer junto a ella, que no duda en unirse a mis carcajadas. Me pide que le cuente más cosas del viaje, así que me paso el resto de la mañana relatándole con todo lujo de detalles todo lo que hemos hecho, visto e incluso comido.

Cami se va poco antes del almuerzo. Ha quedado en el campus con algunas compañeras, para comer juntas antes de clase, pero yo rechazo su invitación. Estoy demasiado cansada después de este fin de semana tan intenso, por lo que decido, por primera vez en mi vida, saltarme una clase.

Que para eso estoy de Erasmus, supongo. Para probar cosas

nuevas.

Me preparo algo ligero y me lo tomo en la cocina con Jane, que me dedica unos comentarios velados que me dan a entender que Matt le ha contado lo que ha pasado. Y yo no sé si eso es bueno o malo. Se supone que, si se lo ha dicho a su prima, es porque lo considera importante, ¿no? Así que, quizás, no ha sido un accidente.

Aunque tal vez puede habérselo comentado como si fuera una anécdota sin más, algo sin importancia, puede que incluso algo de lo que se arrepiente.

Como prefiero no saberlo, decido hacerme la sorda, terminar el almuerzo y regresar a mi dormitorio para deshacer la maleta y terminar de editar los últimos vídeos del viaje. Aún tengo pendientes algunos de los que grabamos en la casa y, por supuesto, el resumen de nuestro fin de semana. Decido empezar justo por ese, así que me pongo a cortar clips, colocarlos en distintos órdenes, añadir algo de música… y cuando acabo no puedo evitar lanzar una exclamación.

Porque lo que estoy viendo es la auténtica prueba de que Matt y yo no somos solo amigos.

Porque, después de ver esos fragmentos uno detrás de otro, de ser testigo de las miradas y las sonrisas que compartimos, es innegable que lo que sucedió no fue precisamente un error, sino algo que ambos queríamos que pasara.

Las palabras pueden engañar, mas los ojos nunca mienten.

Y por eso decido tirarme a la piscina, recordando eso que Camino y yo hemos repetido hasta la saciedad de que estamos aquí para disfrutar. Le envío el vídeo recién editado a Matt acompañado de un pequeño mensaje que deja más que clara mi postura:

«Puede que no quieras hablar de lo que pasó, pero estas miradas
me dicen que hay algo que estamos tratando de ocultar.
A mí me apetecía mucho besarte aquel día y no me arrepiento de lo

que hicimos.
¿Voy a tu cuarto y lo comentamos?»

Lo envío y espero dos, cuatro, seis, ocho y hasta diez minutos. Matt se conecta, está un rato en línea, y yo contengo la respiración en vano porque acaba por desconectarse sin responder mi mensaje. ¿Tan terrible le ha parecido?

Empiezo a ponerme nerviosa sin poder evitarlo. ¿Y si lo he malinterpretado todo? ¿Y si la convivencia se enrarece y acabamos los dos suspendiendo el proyecto por mi culpa? Quizás debería haberme quedado con la duda y guardado aquellos besos como una anécdota del viaje.

Empiezo a dar vueltas por mi cuarto, cada vez más nerviosa, y él sigue sin contestar. Dejo que pasen diez minutos más hasta que, por fin, me aventuro a salir de mi dormitorio y buscarlo para encararlo sobre la situación. Es evidente que ha leído mi mensaje, por lo que lo mejor será acabar con esta conversación cuanto antes. Y que sea lo que tenga que ser.

Pero justo cuando abro, antes de poder dar un paso, me lo encuentro parado frente a mi puerta, con el puño levantado como si lo hubiera pillado a punto de llamar.

—Matt…

—Eres como Emma Woodhouse —me suelta a bocajarro, haciéndome fruncir el ceño.

—¿Perdona?

—Te creas una imagen de las cosas basada en tu propia opinión y crees firmemente que es la real sin tener en cuenta a nadie más.

—No sé qué…

—Yo quería hablar de lo que pasó —me aclara antes de que pueda seguir preguntando—. Iba a hacerlo, pero tú no me dejaste. Me

interrumpiste cuando intenté sacar el tema al volver a Winchester.

—Yo no…

Dejo la frase en el aire porque, al hacer memoria, me doy cuenta de que, en efecto, no le dejé decir nada. Asumí que estaba preocupado porque yo me hubiera hecho ilusiones, pero nunca se me pasó por la cabeza que quisiera aclarar la situación por él mismo. Supuse que iba a decirme algo negativo, por lo que preferí no escucharlo.

Y, al parecer, me he equivocado.

—Bueno, vale, puede que tengas razón, pero no soy la única a la que podemos comparar con un personaje literario porque con ese carácter cambiante y algo sombrío que tienes a veces las Brontë te hubieran dedicado una o dos novelas al menos. Por no hablar de los rusos. Tolstoi te habría creado alguna historia trágica seguro.

Una sonrisa se dibuja en sus labios al escuchar aquello y yo lo imito sin darme cuenta. La situación está siendo cuanto menos curiosa.

—Y tú vives como si fueras la protagonista de una novela.

—Decimonónica, a ser posible —puntualizo, ampliando la sonrisa y dando un paso al frente con decisión—. Me dije a mí misma antes de subirme al avión que iba a dejar de vivir mi vida como una simple espectadora, ¿sabes?

—Pues creo que vas por el buen camino —replica y se acerca también a mí.

—Tú también. Casi puedo imaginarte caminando al alba por un páramo envuelto por la niebla.

—¿Eso es de Brontë o de Austen?

Tuerce la sonrisa y a punto estoy de lanzarme a sus brazos y besarlo en ese mismo momento.

—De las Brontë, pero quedó tan bien en la película que no vamos

a tenerlo en cuenta. —Un pequeño paso más, reduciendo la distancia—. Así que querías hablar.

—Pues sí. Pero fuiste tan tajante que creí que te arrepentías y me acobardé en el último momento.

—Ni por un solo segundo, Matt —le confieso—. Me encantó besarte.

—Y a mí. Por eso quise decírtelo.

—Tendrías que haberlo hecho. —Suspiro y niego con la cabeza—. Deberías haber insistido.

—Pensé que no querrías tener nada que ver conmigo.

—¿Por qué? A ver, es cierto que a veces eres un auténtico gruñón y que cuesta mucho llegar hasta ti, pero una vez que lo haces descubres que todo eso no es más que una fachada tras la que te escondes.

—¿Me ves así?

—Es lo que me has demostrado estas últimas semanas. Ya apenas recuerdo a ese idiota que nos cerró la puerta en las narices el día que llegamos. Lo ha sustituido el chico que me invitó a un té de época, el que me siguió por todos los lugares emblemáticos de Jane Austen, el que me dijo que era apasionada.

—Porque lo eres. Sé que no empezamos con el mejor pie, y que no te lo puse precisamente fácil con todas mis quejas y mis reticencias, pero has conseguido abrirte paso, Emma. Y me gustaría saber hasta dónde puede llegar esto, si es que a ti te apetece. Sin presiones, sin expectativas. Solo nosotros dos viendo hacia dónde vamos.

Asiento porque esas palabras podría haberlas dicho yo misma. Me alegra que él también quiera averiguar qué podríamos llegar a ser sin la presión de creer que somos el amor de nuestra vida, sin ponernos etiquetas demasiado pronto, sin apresurarnos.

Las cosas deben cimentarse sobre una buena base que no se construye en un día y nosotros estamos dispuestos a ir poco a poco para no precipitarnos y terminar con aquella historia antes de que pueda comenzar siquiera.

—Entonces, ¿qué me dices? ¿Te apetece que vayamos a tomarnos un café?

Sonríe al terminar la pregunta y yo lo imito. Porque solo hay una posible respuesta y no dudo al pronunciarla.

—Sí.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias, como siempre, a todas las personas que me apoyan cada día: a mis padres, mis amigas y mi familia. Gracias por estar siempre ahí.

Gracias también a todas las personas que me han hecho amar a Jane Austen a lo largo de los años. Mi vida no sería la misma si no hubiera descubierto nunca a esta autora y estoy muy agradecida a todos los *austenitas* que han pasado por mi vida en algún momento.

Gracias, por supuesto, a todo el equipo de Selecta por hacer esto posible. A Lola Gude, por apoyar todas mis ideas y animarme a escribir algo para esta nueva línea blanca; a Laura Socías por la corrección y a María José Losada por el diseño de la portada.

Y, por último, gracias a ti, querida lectora. Gracias por querer descubrir el Bath de Jane Austen de la mano de Emma y por acompañarla en esta aventura. Nada de esto sería posible sin ti.

Si te ha gustado

Un caballero del siglo XXI

puedes disfrutar de estas



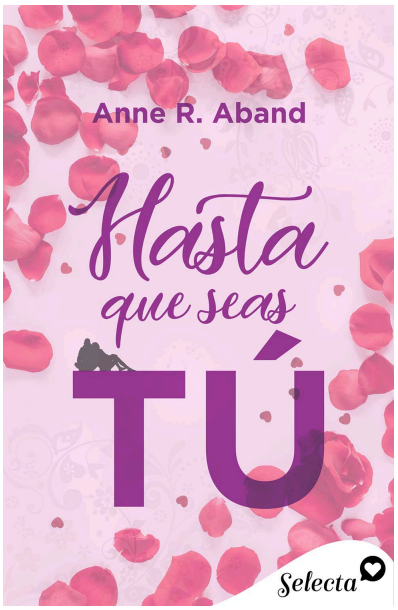



Natalia Sánchez Diana
Orgullo, rugby y un señor DARCY
Selecta


Encarna Magín
Y siempre ESTARÁS tú
Selecta

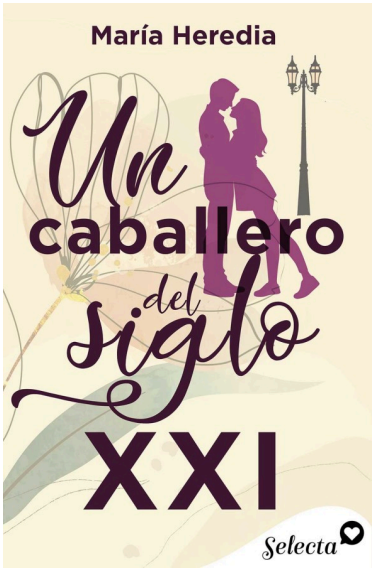

Julianne May
Solo por un BESO
Selecta


Alma Vera
Un regalo para Laia
Selecta


Anne R. Aband
Hasta que seas
TÚ
Selecta


Alexandra Black
Un vals en
INVIERNO
Selecta

¿Puede un Erasmus convertirse en un viaje en el tiempo?



Emma está obsesionada con las novelas de Jane Austen desde que, con quince años, leyó Orgullo y prejuicio, así que cuando **consigue una beca Erasmus para pasar un año en Bath**, no duda ni un minuto en hacer las maletas para mudarse a la ciudad donde vivió su admirada autora. Y no dejará que el miedo a lo desconocido la frene.

En Bath alquilará una habitación en una casa con más estudiantes, entre los que se encuentra **Matt, un chico demasiado ordenado que está a punto de graduarse** y que tiene un trabajo algo peculiar: por las tardes hace de Frank Churchill en un museo

dedicado a Jane Austen. A pesar de que él nunca ha creído en esas historias.

Horas de clase, una convivencia no siempre fácil y el deseo de disfrutar esa experiencia al máximo harán que la relación de Emma y Matt se vaya estrechando.

¿Qué pasaría si conocieras a un auténtico caballero del siglo XXI?

María Heredia (Estepona, 1995) siempre tuvo claro que quería ser escritora. Desde pequeña fue una ávida lectora y no tardó en empezar a escribir sus propias historias sobre mundos mágicos, chicas valientes y romances de ensueño. Las letras siempre fueron su pasión, así que estudió Traducción e Interpretación en la Universidad de Granada y un Máster en Literatura y Lingüística Inglesas. Actualmente compagina la escritura con su trabajo como profesora de idiomas y la redacción de su tesis doctoral en Literatura Inglesa y Narrativas Transmedia.



Edición en formato digital: septiembre de 2025

© 2025, María Heredia
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: María José Losada
Imágenes: shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10341-84-5

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Un caballero del siglo XXI
Capítulo 1. Y de repente… ¡Bath!
Capítulo 2. Una casa destartalada y cinco compañeros de piso peculiares
Capítulo 3. Nueva facultad
Capítulo 4. De pubs ingleses y cervezas de jengibre
Capítulo 5. Sorpresa en el museo
Capítulo 6. Compañero inesperado
Capítulo 7. El Bath de Jane Austen
Capítulo 8. «Pubs and rooms» con encanto
Capítulo 9. Legados
Capítulo 10. ¿Vuelta a la realidad?
Agradecimientos
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre María Heredia
Créditos